

CRISTINA CIVALE

Perra virtual

Perra Virtual

La prueba

Cuando Ruth abandonó a David

Cárieles

Amor de cinematógrafo

Perras muertas

Eutanasia

Knock out

Los 10 sacrilegios

"El mundo está salvado por el puñado de mujeres que han renunciado a él."

EMILE CIORAN

Agradecimientos

En primer lugar, necesito agradecer a Paula Pérez Alonso, admirada escritora y editora de este libro, cuyas oportunas y sabias sugerencias hicieron mucho bien a estos relatos y por *carácter* transitivo o directo, a mí.

Gracias a Willie Méndez, que leyó cuento a cuento, versión tras versión, con paciencia sin límites y entusiasmo, probablemente desproporcionado.

A Claudia Gallegos, que alentó mi trabajo de escritora y escuchó los agónicos relatos por los que sufrí durante un tiempo.

A Mirta Gutiérrez, por todas sus risas. A Claudio Larrea, por todos los domingos.

A Hebe y Alejandro Granado, por su solidaridad a prueba de rulos de acero.

A Perla Kuj, porque cree que todo es posible, hasta este libro.

A los lectores virtuales, Leo, Miguel y Jotagé, por su perspectiva de lo real.

A mis padres, más allá de cualquier cornisa.

Perra virtual

Hacer la calle ya no rendía. Luz —así se había hecho llamar desde que abrazó la profesión, a los catorce años, cuando su profesor de educación física la desvirgó y ella supo, de una vez y para siempre, que hacer el amor era lo que más le gustaba en el mundo y que por hacerlo cobraría— estaba segura de que los clientes habitaban espacios invisibles, *agazapados* en sus casas-terminales, en busca de sexo-alivio. La conexión pasaba por sus computadoras.

Si de chica le hubiesen dicho que iba a rifar los últimos días de su juventud consiguiendo clientes vía charlas cibernéticas, le habría parecido el resultado de un sueño mal imaginado. Pero era así: jóvenes rugbiers, empresarios de *laptop*, políticos en ascenso, arquitectos y diseñadores gráficos, *brokers* con poco tiempo, liberales venidos a menos, *nerds* sin experiencia, estaban ahí, a un par de teclas de su computadora para, en menos de dos minutos, arreglar un encuentro, más tarde echarse un polvo y finalmente pagar en concreto.

Luz apenas podía creerlo. Cada tarde entre las cinco y las siete encendía su computadora, luego habilitaba su módem —que estaba previamente pautado para conectarse con un número que pertenecía a una prestigiosa red de usuarios— y luego de unos brevísimos segundos aparecía en su pantalla el programa por el que accedía a sus clientes que en sus terminales tenían, a su vez, equipos idénticamente configurados. Ella, entonces, no tenía más que mover el *mouse*, apretar una opción en el menú e inmediatamente sabía quiénes se encontraban en línea.

Luz elegía un nombre y lo invitaba a chatear. Antes de que pasara un minuto el cliente ya estaba marcando una cita virtual que inmediatamente se convertiría en real y rendidora. El chat era sensual y provocador; prometía lujuria y efímera felicidad a cambio de una tarifa razonable que no admitía cuotas. Cada día, la cuenta bancaria de Luz sumaba más y más y hasta había conseguido una tarjeta golden emitida por el mismo banco con el que sus clientes le pagaban. Ellos ingresaban en la computadora su número de tarjeta de crédito y hacían su pago, que era recibido por Luz semanalmente. Ella no quería recibir dinero de sus manos, la exasperaba el contacto con esos papeles sucios y manoseados. Así era Luz, algunas veces pudorosa y otras tantas, insolente. Pero más allá de todo, ahora estaba feliz.

Había podido abandonar el improductivo errabundeó al que se había visto obligada a principios de los 90, cuando la depresión económica parecía amenazarlo todo, desde el cumplimiento del deseo más primitivo hasta el ejercicio de la prostitución. Sin embargo, Luz estuvo entre los privilegiados que encontraron una solución para garantizar su supervivencia: su cadena fabulosa y clandestina de levantes en la red.

Un cliente joven y real, completamente desesperado, pasó una larga noche con ella. Era su último día en el país. Había decidido emigrar a San Francisco en busca de una vida más digna y, sobre todo, más próspera. El joven, Luz recordó por fin que se llamaba Jerónimo, sin saber muy bien por qué, le hizo llegar al día siguiente, en un envío puerta a puerta, su computadora, su módem y todo un cablerío. Luz, entre manuales y torpezas, tardó tres días en entender de qué se trataba, pero cuando lo logró, le sacó abundantes frutos. Se abonó a una red de usuarios de alto poder adquisitivo, se convirtió por medio del pago de una alta cuota de ingreso en otra socia privilegiada y fue de allí de donde extrajo la flor y nata de su clientela.

Luz era una prostituta con gustos muy estrictos, que a veces parecían rituales. Devoraba novelas policiales y, puede sonar raro, leía a Chandler. Adoraba ir al cine por la tarde, especialmente a la primera función al cincuenta por ciento. Detestaba a Quentin Tarantino pero veía sin discriminar toda película en la que apareciera John Travolta o Michelle Pfeiffer, a

quien admiraba incondicionalmente. Pero eso sí, nunca la imitaba. Luz tenía su propio estilo. Su pelo era negro y lacio y le caía hasta los hombros en una melena desapareja. Los ojos tenían el color de su ánimo: coleccionaba lentes de contacto. Era tan flaca que algunas veces parecía transparente y otras, etérea. Siempre iba vestida de negro y se había tatuado un lunar en el nacimiento del pecho. Su único detalle de color era un anillo de rubí falso engarzado en oro que llevaba en su meñique izquierdo. Parecía anoréxica pero podía darse el lujo de comer sin engordar. Su menú diario consistía en cuatro porciones de pizza de masa gruesa y vaporosa con queso gruyere, salmón crudo y rúcula. Usaba cremas que prometían retardar el efecto del envejecimiento, se afeitaba las piernas y las axilas con una maquinilla que respetaba los contornos del cuerpo y sobre todo le gustaba mucho la música, siempre portaba en su walkman cassettes de Sarah Vaughan y Billie Holiday. *Every time you say good bye*, incluso, la hacía llorar hasta el agotamiento porque finalmente, Luz, era una romántica.

El mayor riesgo que corría con cada uno de sus clientes no era contraer alguna enfermedad. El uso estricto de condones la ponían fuera de ese peligro. Detrás de cada cliente, Luz creía encontrar, siempre por un segundo, al hombre de su vida, pero lo mejor era que al segundo siguiente, lo olvidaba. No era conveniente ni bien visto enamorarse de un cliente y Luz sabía eso y más: el amor y el dinero no podían mezclarse y muchas veces entre sudores y jadeos podía olfatear o escuchar secreciones de amor. Era algo de lo que tenía que cuidarse porque para Luz el amor rankeaba primero, el sexo estaba después. No podía confundirse y por eso trabajaba con un ascetismo que podía parecer exagerado. Cada vez practicaba un pequeño y riguroso ritual. Obligaba a sus clientes a guardar silencio y los rociaba con su propio perfume como para que ninguna palabra u olor ajenos pudiesen perturbarla. Así también era ella, intensa y leve a la vez. En el segundo que amaba, era *capaz* de darlo todo a cambio de nada; en el segundo que olvidaba, medía sus caricias en pesos y centavos y no regalaba ni un beso inocente en la mejilla. La incomodaba ser generosa y mucho menos perder plata.

Fue de un modo inesperado como Luz detectó la llegada de un nuevo abonado a la red. Su doble apellido la impresionó. No por la cuestión de que los apellidos fuesen dos, sino por la sonoridad. Esos apellidos le hacían recordar a un personaje de Chandler y a un tema de Billie Holliday. No tenían nada que ver pero Luz solía vivir confundida y en el medio de esa confusión y de esos sonidos creyó entrever el amor, pero un amor duradero, de más de un segundo. Desde que leyó ese nombre supo que de él iba a enamorarse, del nombre y de quien así se llamase. La llegada de Aquiles García de Andina a su computadora y a su vida la trastornaron de un modo impredecible, extrañamente inofensivo. Luz podía sentirse pequeña aunque avanzara con los pasos despiadados de un gigante.

Luz siempre guardaba todos sus *chats*, eran como un seguro de vida. Con los de García de Andina la actitud fue, desde el principio, distinta. El registro de las dos únicas conversaciones se convirtió en su fetiche más preciado junto a la foto de su madre muerta y a un relicario heredado. Cuando García de Andina pasó a ser un recuerdo polvoriento, los imprimió y dedicó muchas horas de sus días a leerlos con devoción, buscando cada vez un nuevo significado y sobre todo, alguna velada declaración de amor.

El primer contacto fue más o menos así. Luz se conectó a su programa habitual, con el *mouse* fue a la lista de usuarios en servicio y allí leyó que Aquiles García de Andina estaba en línea. Marcó su nombre y lo invitó a *chatear*. Aquiles aceptó enseguida y Luz se emocionó pero él, por supuesto, nunca se enteró. Era el verano del 96. Era enero. El *chat* fue tan balbuceante y sin sincronía, como cualquiera. Sin embargo, para Luz esas palabras sellaron el comienzo de algo que, imaginaba, sería fabuloso.

Luz: ¡Qué honor!

García de Andina: El mío.

Luz: Quiero saber quién es.

García de Andina: ¿Quién?

Luz: Estoy exagerando...

Luz: Usted.

García de Andina: Aquiles, 33, abogado...

Luz: ¿Qué más?

García de Andina: 1,75, 75k, soltero...

Luz: ¡Cuánto 75!

Luz: ¿Dónde vive? Zona...

García de Andina: Ermitaño, Arroyo y Suipacha.

Luz: Lindo barrio.

García de Andina: Noctámbulo...

Luz: Ermitaño por decisión o desesperación.

García de Andina: Por opción.

Luz: Mmmm...

García de Andina: ¿Mmmm?

Luz: ¿Se mira al espejo y se gusta?

García de Andina: Sí.

Luz: No estoy sobria.

García de Andina: No importa. Lea... así soy yo: autoritario, egoísta, y ligeramente monárquico...

Luz: Interesante para la guerra.

García de Andina: ¿Guerra?

Luz: Sí, intercambio no pacífico de puntos de vista, etc.

García de Andina: ¿Sin armas?

Luz: Poniendo lo más ácido de nuestras elucubraciones.

García de Andina: Sí, eso me gusta. Luz: Vamos a pelear.

García de Andina: Odio el comunismo... Amo la Coca Cola y las hamburguesas Burger King.

Luz: Me gusta el gin tonic. No como carne. No tengo ideología y quiero conocerlo....

García de Andina: Cuando quiera.

Luz: Ahora mismo estoy libre...

García de Andina: Su casa o la mía...

Luz: Usted elige. A domicilio: 300. En mi casa 250, sin bebidas...

García de Andina: Perdón...

Luz: Relea... Tómese su tiempo y va a ir entendiendo. Cualquier cosa, corto.

García de Andina:... Luz: ¿¿??

García de Andina: Suipacha 1132 8° 19. La espero en una hora.

Luz: Allí estaré. Una última cosa.

García de Andina: ¿Sí?

Luz: Sólo acepto tarjetas de crédito.

Luz le puso el protector a su pantalla, unas estrellitas que daban la sensación de viajar al espacio infinito, y empezó a prepararse para la gran cita. Eligió un vestido negro, de cuello alto y falda larga que marcaba su figura huesuda y, especialmente, el prodigioso tamaño de sus pezones. Se calzó un par de zapatillas blancas con plataforma. Se engominó el pelo y estuvo una hora delineándose los labios, tratando de convertir su boca en una pulpa deliciosa. Se echó dos exactas gotas de un perfume ácido y varonil en el cuello, tomó las llaves

de su auto y salió sin cartera.

Aquiles García de Andina parecía vivir en un viejo edificio Bencich. Luz consiguió estacionamiento en la puerta y se bajó. Alisó su vestido y calmó su ansiedad tomando un trago de ginebra de la petaca que siempre llevaba en su guantera. Trazó millones de planes antes de tocar el timbre y hasta pensó que a lo mejor no le cobraría a García de Andina. Su mano entera se apoyó contra el timbre y lo tocó con furia y deseo. Nadie contestó. Luz, sin inmutarse, insistió. Otra vez no hubo respuesta. Hizo un último intento. No quería pensar en los malos presagios. El cielo estaba limpio y la luna llena. Nada malo podía estar pasando. Revisó la dirección y el horario y chequeó su reloj —sí, eran las once, todo estaba correcto. Esperó unos segundos sin saber qué hacer y cuando supo, pateó la puerta hasta lastimarse las rodillas. Apareció el portero y le aseguró que allí no vivía ningún Aquiles García de Andina ni nunca había vivido. Luz no contaba con eso y se desmoronó. Pero su amor, arbitrario y ahora nada fugaz, no murió en ese instante. Se agrandó y cobró el tamaño de una obsesión.

Luz manejó a toda velocidad hasta su casa y al entrar se arrojó sobre la computadora. Se conectó y esperó como una enamorada infeliz la aparición de Aquiles García de Andina. Esperó durante largas horas. Ya amanecía. Cuando estaba por despuntar el primer rayo de sol, García de Andina también se conectó y esta vez fue él quien la invitó a *chotear*. Luz, vislumbrando las disculpas, aceptó sin dudarle.

García de Andina: ¿Qué pasó?

Luz: No estabas... El portero me dijo... que no vivías ahí...

García de Andina: ¿Dónde?

Luz: En la dirección que me diste.

García de Andina: Sí que vivo...

Luz: No entiendo...

García de Andina: El portero es un idiota.

Luz: Aja.

García de Andina: Volvé. No aguanto...

Luz: OK. Espérame en la puerta.

Luz no dudó ni por un segundo que Aquiles García de Andina le estaba diciendo la verdad. Sin mirarse al espejo, volvió a tomar sus llaves y a manejar por las calles que ahora estaban empezando a llenarse de autobuses, taxis y personas yendo hacia sus trabajos reales. Estacionó en el mismo lugar. Un chico de quince años la estaba esperando en la puerta. Luz tardó un segundo en darse cuenta y, con temor, le preguntó si él era Aquiles García de Andina. El chico con un movimiento de cabeza le dijo que no. Sin hablarle la guió hasta el ascensor y subieron el trayecto en un tranquilo silencio. Luz no quería imaginar nada, ni sacar conclusiones. Sólo esperaba encontrarse de una vez con su amado Aquiles García de Andina y hacerle el amor como nunca se lo había hecho a nadie. Su bombacha empezaba a humedecerse. El ascensor se detuvo y el chico la guió en silencio hacia el departamento.

Con una llave que parecía propia abrió la puerta. Luz no entendió lo que vio. Otros cuatro chicos de la edad del primero la estaban esperando y apenas puso un pie en el departamento, uno de ellos, de piel blanquísima y pelo dorado hasta la cintura, se acercó a un centímetro de su boca y le dijo: "Nosotros somos Aquiles García de Andina". Luego se retiró y se alineó junto a los otros, todos tan parecidos a él que podrían haber sido sus clones. Lo único que hicieron rué contemplarla, siempre en silencio, como si las escasas palabras que transmitían proviniesen del tecleo ante sus computadoras. Eran vírgenes. Luz pudo olerlo y su olfato nunca fallaba. Después lo comprobó. Estaban de pie y Luz se les acercó y los tanteó. Buscó un lugar privado y los hizo pasar de a uno por vez. Con los ojos cerrados hizo

el amor con cada uno de ellos y trató de que ninguno notase cómo una única lágrima le rodaba por la mejilla, creando una recta perfecta que terminaba en su mentón que ahora temblaba. Luz no sabía si era miedo o dolor. No hubo sonidos. Nadie gimió ni emitió alaridos. Sus orgasmos fueron silenciosos, cautos y por supuesto protegidos por el látex de condones color piel. Los chicos le pagaron lo convenido y todos mantuvieron el ritual de silencio hasta que Luz traspuso la puerta, la cerró y esperó el ascensor. Sólo entonces unas carcajadas de hiena lastimaron sus oídos y cuando los chicos terminaron de reír hasta quedar ahogados, tirados sobre el piso, Luz ya estaba en su casa desarmando el monitor de su computadora, desnuda y abatida, buscando allí dentro a su hombre perdido. En alguna parte tendría que estar Aquiles García de Andina. No había sido un sueño. Había sido.

La prueba

Florencia siempre tuvo sentimientos confusos hacia los niños. En tres horas ya lo sabría. Lo sabría ella y lo sabría todo el que la hubiese visto caminar, bajo la lluvia, con sus sandalias de acrílico y su capa roja. Recién ahora notaba los inconvenientes de vivir en un barrio. Aunque ya había pasado la medianoche, muchos vecinos estaban en la calle, festejando con banderas y una algarabía que siempre la espantó, el triunfo del seleccionado de fútbol argentino en las eliminatorias por el Mundial. La mayoría de ellos, sin embargo, pudo distraerse por unos segundos del festejo para mirarla correr, hambrienta, hasta la farmacia y pedir al chico de turno con toda naturalidad que le vendiera un *Evatest*. El chico la miró con complicidad. No era la primera vez que la veía haciendo esa clase de pedidos y, en efecto, no lo era, pero de todos modos el chico no tenía por qué cargar de tensión su mirada. Florencia pasó por alto su indiscreción y le extendió, a su vez, la receta falsificada para comprar hipnóticos que había manoteado antes de salir de su casa. Le había robado el sello a su ginecóloga y compraba en la farmacia con más frecuencia que en la rotisería. Era allí —y en ninguna otra parte— donde conseguía con qué alimentar su alma. Compraba vitaminas yankis, digestivos efervescentes, aspirinas con gusto a limón, diuréticos, y sobre todo hipnóticos y pruebas de embarazo. No se cuidaba y el más mínimo atraso —uno cada dos meses, cuando no todos— le provocaba pesadillas invadidas por vientres crecidos. Esa noche lo único importante era el test, con lo de los hipnóticos pretendió distraer al empleado. El chico arrugó su mirada cómplice y Florencia se puso en marcha. Volvió con los dos productos a su casa, cargando las cajas en la mano porque después de las diez de la noche en la farmacia de su barrio despachaban sin bolsas. Los vecinos, que seguían festejando con devoción ya habían invadido completamente la vereda y ahora ganaban la calle, clavaron sus ojos en la caja del test o, al menos, eso le pareció a Florencia que siguió caminando y disimuló su vergüenza con movimientos soberbios y ostentosos de su capa roja.

Antes de salir para la farmacia, había arreglado una cita ligera con Martín, un amigo ocasional, quince años más joven que ella, acosado por problemas básicos, existenciales y sin respuesta. Martín la había llamado y le había preguntado por el sentido de la vida, así en general y sin introducciones. Florencia se enterneció y le propuso ir a tomar algo por ahí, para distenderse, aunque el día no ayudara y la mayoría de los lugares estuviesen cerrados. La cita era apenas pasada la medianoche y ese tiempo ya estaba cerca.

Apenas Florencia llegó a su casa y tiró sus compras sobre el sofá del living, sonó el timbre. Era Martín que, puntual, pasaba a buscarla. Florencia miró el paquete con el test, hubiese querido hacérselo ahí, en ese preciso momento. No quería hacer esperar al agobiado Martín y mucho menos darle explicaciones. Miró la hora, eran las doce y media, pensó que a las tres estaría de regreso y entonces todo se resolvería en una cuestión de minutos. Se cepilló el pelo, se acomodó la capa, se cambió las sandalias de acrílico por borceguíes de víbora y se llevó las instrucciones de la prueba para leerlas en el ascensor. No era la primera vez que se la hacía pero nunca lograba recordar la elementariedad del procedimiento. Subió al ascensor, cerró las puertas y apretó el botón de planta baja. Las instrucciones eran muy precisas y exigían ser cumplidas con exactitud. *Cuarto piso*. No había que hacer pis durante tres horas y, *tercer piso*, sólo entonces se podía poner una pequeña parte del líquido amarillo, *segundo piso*, en un minúsculo recipiente plástico dentro del cual había que colocar una tira de color pastel. *Primero*. A los cinco minutos, la tira revelaba el resultado. *Planta baja*. Una rayita, negativo; dos rayitas, positivo. Infalible y veloz. *Pasillo*. Florencia ya estaba contando los minutos para su regreso. Dedicaría esas tres horas de diversión para beber todo el líquido posible y hacer de su pis una mezcla que estuviese a la altura de su confusión. Su cabeza giraba como la trompa de un veloz lavarropas antiguo. *Una rayita*,

no... dos. No... una, dos. No lo tenía claro con respecto a los niños. Un escozor le recoma el cuerpo y le empezaba a doler el pecho. El signo universal e inconfundible de la angustia. Se dio dos golpes con el puño derecho en el tórax y sintió algo de alivio. Respiró hondo y todo parecía estar mejor. *Una rayita, dos. Calle.* Martín la estaba esperando en el umbral de su edificio, con un cigarrillo negro recién encendido y con la camisa blanca que a ella tanto le gustaba, la de puños eternos y gemelos de fantasía, que hacían juego sin pretensiones con un jean apenas prelavado. Florencia se acomodó la capa frente al espejo arruinado de la entrada y se dispuso a enfrentar la noche y la morosa inexactitud de Martín.

Se dieron un beso rápido e insípido en los labios y se subieron al primer taxi que les paró. Los dos primeros habían seguido de largo, quién sabe si por la capa roja de Florencia o por los puños blancos y eternos de Martín. Algo de ellos transmitía desconfianza o al menos eso le pareció a Florencia, que no podía dejar de sentir la mirada de los otros clavada sobre su nuca. Se bajaron en el primer bar que encontraron abierto. Tenía paredes color naranja y la barra estaba casi vacía pero ellos se acomodaron en unos mullidos taburetes dispuestos a beberse la vida. Los mozos les dijeron que ya iban a cerrar pero Florencia pidió un champagne rosado y Martín un bloody mary. La mujer barman se acercó a Martín y le preguntó si era lo mismo sin nuez moscada. Martín, sediento de alcohol, le dijo que era lo mismo, pero mintió. La mujer barman llegó finalmente con los tragos y Florencia y Martín hicieron un brindis mudo y mecánico sin mirarse a los ojos. Los dos miraban la pared de enfrente, mortalmente aburridos. Entonces fue cuando Martín decidió hablar y preguntó.

—¿Cómo va a ser el resto de mi vida?

Florencia le sonrió y se dirigió a la mujer barman. Le pidió otra vuelta de tragos y la cuenta. La mujer esta vez los atendió rápido y les comunicó que la casa invitaba. Florencia le agradeció.

—¿Cómo va a ser el resto de mi vida, eh? — repitió Martín con una ansiedad que a Florencia le erizó la piel.

—Así, todo igual. Sistemáticamente aburrida —le contestó Florencia mientras lo tomaba de un brazo para llevárselo a otro bar y sacudirse juntos esa ancestral modorra.

Fueron caminando a tuestas por la ciudad vacía y la mayor preocupación de Florencia consistía en que Martín repitiera la pregunta o que la cambiara por otra más difícil. Ella no tenía ninguna respuesta. Pero el verdadero temor de Florencia giraba en torno al ruido que podía salir de la boca de Martín, temía que con él interrumpiese la secuencia quebrada de su pensamiento. Sólo podía imaginarse en su casa, sentada en el inodoro, llenando el recipiente de plástico y espionando el resultado. *No, todavía no. ¿Una rayita, dos?* Lo que más la inquietaba era haber perdido el control de su cuerpo embrujada por el movimiento abrasador de un cuerpo de varón cuya cara apenas recordaba. No la inquietaba ese anonimato sino su propio descontrol y ese húmedo y falso sentimiento de omnipotencia que convocaba a su cuerpo a abrirse con descuido e impunidad.

¿Una rayita, dos? Cualquier desgracia, pensaba, se la merecía.

—No sé para qué nací. ¿Vos sabes para qué naciste? —hizo ruido Martín.

—La vida no es una cuestión de misiones, Martín —le dijo Florencia— Uno se inventa los motivos, pequeñas coartadas de entusiasmo.

Martín escuchó con mucha atención la respuesta y por un rato se mantuvo callado.

La incomodidad del silencio y de la certeza de todo el sinsentido de ese errabundeó nocturno los hizo entrar al próximo bar. Era un tablado de flamenco. Florencia se pidió un carajillo y Martín una caña. El movimiento de las faldas y la precisión del taconeó de las

dos muchachas que se movían al ritmo de una banda anónima y sevillana, los hipnotizó por un rato y a Florencia la cargó de una energía tan desbordante que le hizo decir lo que después evaluaría como una imprudencia.

—Ves, Martín, éste es un sentido posible. Estar así, mirando y olvidarse.

—Estas minas me parecen patéticas. Mírale la barriga a la del lunar. Tiene una camisa dos números más chicos. Voy a vomitar... Vamos.

Martín arrastró a Florencia hasta la calle. Florencia no coincidía con Martín. Se sentía enamorada de la mujer del lunar y estaba muy excitada. El batir de las palmas y la precisión del movimiento de las caderas le había alzado la temperatura más que cualquier erección masculina. Hubiese besado a la mujer en los labios, larga y profundamente, pero Martín no le dio tiempo y la hizo avergonzarse de sus propios deseos. Florencia alcanzó la calle de malhumor y se dejó llevar. Se olvidó de todo, no pensó ni en una rayita ni en dos. Caminaron más de diez cuadras inútilmente. Martín no tenía una ruta clara, tampoco un puerto seguro. No encontraba ningún bar abierto. Florencia no le sugería nada y disfrutaba cada vez que llegaban a una puerta cerrada, le divertía la frustración de Martín y su inocultable expresión de impotencia por no controlar las circuitos de la ciudad. Florencia finalmente se apiadó de su torpeza y, harta de caminar y dolida porque el borceguí derecho le estaba lastimando el talón, se arrojó a la mitad de la avenida y detuvo un taxi. Se subieron. Florencia le indicó una dirección y se bajaron donde debían haber ido desde el principio, en el único pub abierto, el sitio más concurrido de la ciudad de domingo a miércoles, allí, donde todos los días eran fiesta y donde todo el mundo marchaba sin topes, como si la mañana siguiente prometiese un despertar retardado, cómodo y sin resacas. Sin embargo, la fauna era variopinta: brokers y yonkies, travestís y lesbianas, bancarios y mozas con pretensiones de estrellas entrelazaban sus alientos y compartían el desconuelo de largas noches de tedio. Florencia solía pasar por allí cada día por lo menos cinco minutos, lo necesitaba para reconocer que en la ciudad había gente como ella. Martín nunca había estado en ese lugar y se fascinó.

—Ahora todo me resulta más claro —le confesó Martín a Florencia apenas pudo reconocerse en los ojos turbios de un par de chicos tan etéreos como él.

Florencia se deprimió y se metió en el baño. Se miró al espejo. Tenía el pelo revuelto y dañado por la humedad. Se lo terminó de estropear, colocando su cabeza en el lavabo. Las mechas le goteaban por los hombros, se las sacudió y se miró por última vez. Se sintió fea. Era cierto. Cerró los ojos y se dio media vuelta. Cuando los volvió a abrir, ya estaba afuera. Había abandonado deliberadamente a Martín y volvía, rauda y ansiosa, a su casa. *Una rayita, una rayita, una rayita. Dos.* El taxi estacionó por fin y Florencia pagó sin esperar el vuelto. Abrió la puerta de calle con torpeza, las llaves se le cayeron y, cuando se agachó a levantarlas, se le rajó el pantalón. Llamó el ascensor y, como tardaba, subió por las escaleras, llegó a su departamento con la lengua afuera y se tiró sobre la cajita con la prueba. La apoyó nerviosa, sobre el borde del bidet y se le resbaló. Tuvo que hacer malabarismos para que no cayera al piso y lo logró. Enseguida fue hasta la cocina y se preparó un sándwich con lechuga y queso. Se lo llevó al baño. Sacó el recipiente de plástico y mientras mordía un bocado, se sentó en el inodoro y meó. El tercer chorro lo embocó en la cajita y el resto lo soltó, resoplando y con alivio lo escuchó irse por las cloacas. Buscó la tirita color pastel y se sentó en el living a terminar el sándwich. Se tomó cinco exactos minutos para comerlo, el lapso idéntico que el test demoraba en elaborar el resultado. Florencia masticaba muy despacio mientras rumiaba. *Una rayita, dos. Una rayita. Dos.* Por fin terminó el sándwich y entró al baño. Dos rayitas. Sin ninguna duda, dos. No lo tenía

muy claro con respecto a los niños, quizá si no fuesen los suyos, pensó, pero ese pensamiento tampoco la calmó y sintió horror. Fue al rincón de los trastos viejos, allí donde tenía arrumbado el antiguo arcón de su abuela y lo abrió. No tardó mucho en encontrarlas. Las limpió mientras llenaba la bañera. Cuando estuvo llena de un agua tibia y relajante, se quitó la ropa y se sumergió. Una vez adentro, se clavó de un solo intento las agujas de tejer en la vagina. El agua se puso roja pero Florencia aguantó. La cara de varón desdibujada volvió a recuperar sus contornos y le alivió el dolor. Porque dolía, sentía mucho dolor. Pensar en el hombre con el que había gestado eso que se esfumaba por el desagüe de la bañera la hizo sentir menos sola y miserable. Con todo, no se arrepintió. La exactitud del rostro recordado la ayudó a comprobar que estaba haciendo lo correcto. Y se repitió: *Cualquier desgracia, me la merezco*. Salió del agua y se envolvió en una toalla. Se tomó un calmante y, antes de meterse en la cama acurrucada bajo su edredón, le dejó un mensaje a Martín en el contestador. Por primera vez y, casi sollozando, preguntó con los ojos fijos en el auricular de plástico: *¿Va a ser así... siempre... todo igual?* Y sólo entonces, cortó.

Cuando Ruth abandonó a David

Ruth era lo que muchos podrían llamar una típica chica judía hasta que dejó de serlo. Siguió siendo rubia, pecosa, gordita y de piel blanca, casi transparente, pero abandonó los hábitos que venía cultivando desde su niñez. Todo tenía un orden —cada cosa estaba en una cajita, desde sus corpiños hasta sus sentimientos—, todo tenía una única causa —la de no olvidar el sufrimiento de su raza— y una rutina —una vida cronometrada desde el desayuno hasta el último minuto de vigilia—, cuando se masturbaba recordando la imagen, entre brumosa e inventada, de algún bello e inalcanzable desconocido con el que se había cruzado tardíamente en la calle.

Ruth abandonó todo esto y más. Dejó de concurrir los sábados al templo y de visitar una noche a la semana a sus padres; puso en un rincón la laboriosidad con la que encaraba el cuidado de su casa y la obsesión por su trabajo; hizo a un lado el ahorro compulsivo y meticoloso y se convirtió en una mujer atea, desapegada de su familia, vaga, irresponsable y gastadora. En realidad esta sucesión de cambios tuvo que ver con que abandonó a David, su marido y compañero de toda la vida. David, arquitecto e inversionista, fue uno de los que perdió todo con el efecto Tequila. Siempre se sintió un poco omnipotente pero el colmo fue en los últimos tiempos: con una liquidez de un millón de dólares construyó cinco edificios de lujo y cada uno le costó esa suma. Sus acreedores no pudieron aguantarle los préstamos, el mercado no resistió y Ruth tampoco. Tanto, que se desequilibró por completo. Ser pobre le traería innumerables inconvenientes. La felicidad que le daba la realidad contundente de una cuenta bancaria con fondos inagotables era incomparable, sobre todo si se tiene en cuenta que Ruth se casó con David por su dinero y no por amor. Se conocían desde muy chicos y siempre le profesó un cariño de prima más que de esposa, novia o amante. Con el tiempo ese cariño se transformó en una fraternal convivencia, carente de pasión pero colmada de intereses. Ruth alababa a su marido en las reuniones sociales porque sabía que de allí obtendría algún cheque en blanco para comprar lo que se le antojase o viajar a donde quisiese o seguir aumentando su secreta colección de vibradores. David sabía en qué gastaba el dinero su mujer pero no le importaba. El sí la amaba y pagarle por la permanencia a su lado le parecía algo natural.

Ruth y David habían cursado la primaria y la secundaria doble turno donde ambos aprendieron a hablar en perfecto hebreo. Juntos fueron todas sus tardes adolescentes al ICUF y, antes de ingresar a la Universidad, pasaron juntos unos meses en un kibbutz. Luego de cosechas y vida comunitaria, donde alcanzaron a ver la semifinal Brasil-Argentina del Mundial 78 rodeados de europeos que hinchaban por Brasil, visitaron Tierra Santa y lloraron juntos en Jerusalem frente al muro donde ellos también se lamentaron. Tuvieron su boda en uno de los templos más grandes de la ciudad, el de la calle Libertad, cerca de los Tribunales. Hicieron su fiesta ostentosa en los altos salones de un restaurant de moda con un servicio de catering tan abundante como exquisito. Veinticinco mozos atendieron seiscientos ochenta invitados a los que obligaron a vestirse de etiqueta, a bailar al compás de la tijera pero también de la música tecno que hacía furor por esos tiempos y sobre todo a comer una cena de siete inolvidables platos de cocina internacional —palta rellena, berenjenas al ajillo, ensalada verde, ensalada Waldorf, pollo a la naranja, salmón con salsa tártara y pionono francés— incluido el postre, tarta de queso espolvoreada con chocolate y almendras. El traje de novia de Ruth —todo de seda— tenía borlas de oro 18 kilates y un tocado de organza con el que podrían haberse ahorcado una docena de mujeres desesperadas. Ninguno de nosotros, sus amigos ateos y pobres, pudimos calcular cuánto le había costado. Eran los primeros de nuestra banda que se casaban y eso, cuando uno apenas pasó los veinte, es ridículamente emocionante.

A pesar de sentirnos encorsetados, incómodos y absurdos en nuestros disfraces de fiesta, lloramos de felicidad cuando Ruth cortó la torta de ocho pisos y nos reímos sin burlarnos cuando David quiso tirar de una cintita y atrajo la torta sobre los vestidos estridentes y alquilados de los dos primos carenciados de Ruth que habían ido a la fiesta obligados por su padre, hermano de la madre de Ruth, un polaco sin suerte. La fiesta terminó puntualmente a las 7 de la mañana cuando se sirvió un chocolate caliente acompañado de abundantes masas rociadas con dulce de leche o crema pastelera. Después de atragantarnos con los dulces, los más íntimos acompañamos a Ruth y David al aeropuerto desde donde envidiablemente ricos partieron de luna de miel a Italia. No visitaron Roma ni mucho menos se asomaron por el Vaticano. Tampoco pisaron Venecia o Florencia. Eligieron la exclusividad de Taormina, donde durante un mes y tres días pasearon por sus playas descalzos y a veces desnudos. Se aburrieron del sol, del mar y del cielo provocadoramente celeste y buscaron la bruma de Londres en la que estuvieron el tiempo justo, un día, para recorrer en Camden, el mercado de pulgas más famoso del mundo. Ruth no se compró nada porque le pareció de mal gusto vestirse con ropa usada, no quería cargar con el peso de la vida de sus primeros dueños. La ropa con experiencia le daba miedo. En cambio, David se compró una chaqueta de cuero marrón rasgada por un uso consecuente y desconocido. Más tarde se supo que había pertenecido a un banquero suizo que la vendió para comprarse un revólver de segunda mano con el que luego se suicidaría.

Ruth y David nunca tuvieron hijos y no supimos por qué. Parece que los dos tenían un miedo inconfesable y atávico de continuar con la especie. Vivían en un triplex en Caballito hasta que David llegó con la impiadosa noticia de que deberían mudarse a un dos ambientes, interno, en Villa Crespo. Ruth entendió —y no se equivocaba— que David estaba fundido.

No pudo tolerar la idea de que ese año tendría que ver las colecciones de París por la Fashion Network y no en vivo, desde el Louvre, como siempre. A pesar de que Ruth desplegaba una veta claramente humanista dando clases de literatura clásica griega en grupos privados de señoras inquietas de la colectividad, el dinero lo era todo para ella. Su devoción por él avergonzaba a muchos de sus amigos judíos que padecían, según ellos a causa de mujeres como Ruth, el desprestigio social que les otorgaba el ser considerados seres exclusivamente interesados, adjetivo único, implacable e injustamente acusador.

A Ruth un puñado de billetes le daban una tranquilidad con la que nadie podía competir. Ni siquiera su madre, la entrañable Shoshana, que la crió entre caros algodones importados. Probablemente los relatos de infancia de sus abuelos y la miseria con la que vivieron en Polonia, le crearon fobia y asco ante la idea de ser pobre. Shoshana, cuando supo que su hija emprendería un viaje de olvido con el descubierto de su cuenta bancaria personal, quiso retenerla con la tenacidad de la que únicamente una madre judía puede hacer alarde. Pero Ruth no entraba en razones ni quería enfrentar la realidad. Sólo un viaje la devolvería a la vida y después ya vería qué haría con todo, con esa pobreza que se avecinaba y ese marido que perdía. Así es, para sacudirse el estupor y la euforia intermitente que le provocaba su nuevo estado, decidió salir a pasear su dolor, también intermitente, por tierra árabe. Luego de descartar Túnez y el Líbano, se quedó con Marruecos. Compró un ticket a Madrid desde donde organizaría su viaje.

Ni siquiera la internación de urgencia de David en terapia intensiva con un preinfarto pudo detenerla. Le hizo firmar la cesión de los pocos bienes que le quedaban y la primera presentación del divorcio mientras él estaba conectado a un pulmотор y a una máquina de alta tecnología que destacaba como lejanas alertas los latidos de su corazón. Ni siquiera la

mirada llena de súplica de su marido implorándole que no lo abandonara en ese momento en que la muerte parecía más cerca que nada, hizo que Ruth pensara en olvidar su viaje. Ruth, sin embargo, tuvo un solo gesto que unos pocos consideraron compasión. Tomó de la mano a David y lo ayudó con fino cuidado a que firmara uno a uno los papeles, luego le dio un tierno apretón y guardó en su bolso los documentos que la dejaban a salvo de toda esa miseria. Al fin de cuentas, David tenía la culpa de todo; de morir así como un perro y de que ella lo dejara. Nada de lo que ocurría estaba previsto o pactado.

Ruth empacó algunas tragedias griegas —*Preda, Antígona y Edipo*— para leer en el viaje y tardó cuatro horas en encontrar su ejemplar de *Medea* subrayado de su época de estudiante. Partió a Ezeiza, sola y en remise, sin que se le moviera una pestaña y mucho menos sin que se le cayera una lágrima.

Ruth también era lo que algunos llaman "una mujer de mundo" y tenía su agenda repleta con direcciones de amigos que habitaban en las más mundanas capitales. De modo que cuando aterrizó en Barajas hizo algunos llamados y después se tomó un taxi que la llevó directo a lo de su amiga Inés que vivía en la Moncloa y estaba casada con un francés, Didier. Inés siempre había sido todo lo que Ruth había soñado: indiscutiblemente hermosa, sagaz, morocha, glamorosa y, sobre todo, heredera de una fortuna que le permitiría vivir sin apremios el resto de su vida. Lo único que le disgustaba de Inés era un lunar mediano y peludo que tenía en la pantorrilla. Cuando eran íntimas, Ruth le había sugerido que se lo operase, pero Inés jamás aceptó. Ruth, que ya no era la típica chica judía, acorraló una tarde a Didier contra la mesa de la cocina y le hizo el amor. Didier se resistió bastante poco y se entregó. Inés llegó temprano de su trabajo y los encontró desnudos, boca abajo, rascándose mutuamente la espalda. A Didier lo perdonó, en cambio a Ruth la zamarreó por el brazo y la echó de su casa. No tuvo ningún reparo en dejarla en la calle. Le confiscó toda la ropa y sólo le dejó con la portera su pasaporte y sus travellers checks acompañados de una nota escueta, que no dejaba lugar a dudas sobre sus sentimientos. La nota decía con tinta roja: *Judía de mierda*. Lejos de bajar la cabeza, Ruth escupió al cielo y maldijo a su amiga en hebreo. Tomó el pasaporte y los travellers. Una vez que estuvo segura de que no faltaba ninguno, pegó unos cuantos golpes en la puerta de la casa de Inés.

—¡Faltan el pasaje de vuelta y la agenda!

—Acabo de quemarlos —le comunicó, seca, su amiga mientras le cerraba la puerta empujando con gran destreza el pie con el que Ruth forcejaba para mantenerla abierta. Didier observaba la escena sin hacer comentarios. A Ruth le hubiese gustado recuperar su agenda y sobre todo, su ropa, comprada con cuidado y dedicación durante los últimos desfiles de New York a los que quién sabe cuándo podría volver. Pero trató, y le costó mucho, de no hacerse demasiado problema. Volvió a la calle y se dirigió a Princesa, la avenida de las agencias de viajes, dispuesta a conseguir inmediatamente un pasaje que la llevara de una vez a Marruecos. Después de mucho caminar, pudo conseguir un espacio en un vuelo charter de la Air Royal con escala en Tánger. El avión partía en tres horas. Tuvo tiempo de hacer veloces averiguaciones y reservarse una habitación en un cuatro estrellas desde una cabina pública de Plaza España. Cambió parte de sus cheques de viajero —ya no le quedaba mucho dinero—, se compró dos mudas de ropa blanca y montó en un taxi rumbo al aeropuerto. Durmió durante todo el viaje y una *azafata* tuvo que despertarla cuando tocaron tierra.

Apenas puso un pie en Marrakesh, se sintió aliviada, como si la posibilidad de una vida nueva, carente de presiones, estuviera a un paso. Cruzó la aduana sin inconvenientes y un taxi dudoso la condujo a su hotel. Le dieron un cuarto amplio con vistas a la avenida de raleadas palmeras y una cama *king size* en la que se desmoronó luego de darse un baño de

inmersión azulado por sales árabes que emanaban un aroma que jamás olvidaría. Se despertó y se vistió con el pantalón y la camisa de lino blancos que había comprado en Madrid, ideales para esas zonas del mundo, y salió llena de energía a pasear sola por las calles. Quería sentir el calor seco sobre su piel y deslumbrarse con el ajetreo exótico de la ciudad.

Se dirigió, ansiosa, a la zona de los zocos. Ya soñaba con alfombras de dibujos geométricos y teteras mágicas cuando tuvo que torcer el rumbo mucho antes de llegar a la plaza de las serpientes encantadas. Una infatigable marea de hombres empezó a cercarla con la sospechosa intención de acompañarla. La alabaron hasta lo inverosímil con piropos que nada tenían que ver con su porte. Le adulaban el culo, cuando hacía rato que Ruth sabía que lo tenía caído, le elogiaban los pechos que eran como dos botoncitos de pana que apenas se dibujaban tras su camisa o directamente se admiraban de su cuerpo cuando era obvio que Ruth no podía provocar esas sensaciones, especialmente porque después de su estadía en Madrid y luego de sesiones de jamón, tortillas y pollos a la cerveza negra, había quedado bastante gorda. Otros le señalaban el peligro de andar en soledad por esas rutas y delineaban la misma refutable coartada. Le ofrecían protección a cambio de aprender inglés en su paseo con ella. Ruth, que era judía y astuta, vislumbró detrás de esa pegajosa generosidad la trama de un viejo embuste. No se equivocaba. Ese andar, entre rastrero y seductor, era propio del hombre marroquí en busca de dinero rápido. Aturdida por la tenaz insistencia masculina, el calor que no daba tregua y las moscas que se le pegaban en la camisa de lino, paró un taxi y se subió. Ni ella se pudo explicar por qué arbitrario pensamiento se sintió más segura con un hombre arriba de un auto que con uno de a pie. Se acordó de David y pensó que hubiese sido lindo pasear con él en un cadillac alquilado. Pero eso era imposible. Con sentido práctico, espantó ese pensamiento.

El taxista marroquí parecía tan dispuesto a aprovecharse de ella como cualquier otro hombre de la calle, pero Ruth eligió confiar y le indicó que se dirigiera a la plaza del centro, allí donde no sólo encantaban serpientes sino donde se vendía todo lo que uno podía imaginarse y aún más. El taxista hablaba inglés y en inglés le recomendó como guía a un joven con tres virtudes de oro: seguro, apuesto y limpio. Con él, Ruth podría caminar por las calles protegida y sin miedo a ser perseguida y estafada. Ruth, queriéndose sacar el problema de encima, le dijo que le parecía una idea maravillosa. El taxista tomó su palabra y de camino a la plaza detuvo a un muchacho delgado y de musculatura perfecta que andaba sin rumbo arriba de una motoneta y lo obligó a bajar. Jim era su nombre y cuando posó sus ojos sobre la piel de Ruth, ella sintió miedo, un temor intransferible y letal. Sólo quería que el muchacho la guiara para poder desentrañar de qué se trataba ese sentimiento tan imprevisto. Jim la llevó a recorrer los zocos. Desde el principio, pareció muy sincero y le dijo que de cada cosa que comprase, él se quedaba con una comisión. Así eran las cosas allí, la gente pobre —y él lo era— vivían de los turistas. Sin embargo, Jim le prometió no presionarla para comprar nada y, en un gesto de nobleza que a Ruth dejó perpleja, le aconsejó que no adquiriera cosas de las que después se arrepentiría. Esas palabras sonaban inadecuadas en boca de Jim, pero Ruth simuló creerle y esperó. Tenía atorada la adrenalina y sabía que Jim ayudaría a segregarla. Ruth, guiada por Jim como el más fiel compañero, entraba y salía de las tiendas fascinada por las joyas, los candelabros, las telas, las alfombras, los olores y el rumor sudoroso del gentío. Sólo compró dos pequeñas alfombras típicas, una tetera antigua, lociones antistress, pulseras de plata falsa y copas de agua con incrustaciones semipreciosas. Ella y Jim terminaron la tarde tomando té de menta en las terrazas del Café du France mientras se miraban, confiados, entregados al juego de la dama y el esclavo.

El sonido de la multitud los envolvía en un silencio propio e inexpresivo, entonces Jim se levantó y la dejó. Ruth pudo observar con el privilegio de la distancia el incesante movi-

miento de la *plaza*, por un segundo recordó a David y cuando su fascinación todavía estaba por despuntar, apareció Jim con la oferta de un negocio, pequeño y sin peligro. Conocía un buen vendedor de hachís que por un precio muy razonable podría venderle medio paquete para que ella tuviera durante su estadía. Ruth aceptó. Una visita a Marruecos sin fumar *hash* no era una visita a Marruecos. Jim volvió a ausentarse, esta vez por menos tiempo, y volvió con la yerba. Roló un cigarrillo y lo fumaron a medias. El resto se lo dio a Ruth para que lo guardase. Mientras apuraban el té, un par de amigos de Jim se sumaron a la mesa y empezaron una larga conversación de la que Ruth no pudo entender nada. Hablaban en árabe. Sólo supo que los dos amigos también se llamaban Jim. Un dato que no dejó de resultarle curioso y dedujo que eran nombres con los que se bautizaban para los turistas incautos.

Cuando el cielo estuvo oscuro, Jim, su guía, se levantó y fue junto a ella. En inglés le dijo que era hora de irse y Ruth le obedeció.

Caminaron despacio restando las cuadras que separaban el café del hotel. En la mitad del camino, una cuadrilla de la policía los detuvo. Cuatro hombres con distintos niveles de obesidad, dos de ellos con grandes bigotes, les cortaron, amablemente, el paso. Los perros que llevaban, en cambio, parecían poco amistosos y las láminas electrónicas con las que decían que detectaban drogas no prometían un futuro feliz. El que tenía más condecoraciones se dirigió a Jim en árabe y a Ruth la miró con una sonrisa cómplice que, momentos después, llegaría a descifrar. Jim le explicó que no se trataba más que de un procedimiento rutinario y le advirtió sin reparos que le iba a resultar difícil justificar la presencia del paquete, por lo tanto le sugirió que, llegado el caso, les ofreciera dinero y el asunto sería olvidado.

A Jim lo revisaron primero y todo resultó bien. Parecía amigo del policía de las condecoraciones ya que se trataban con extrema familiaridad. Cuando le llegó el turno a Ruth, por supuesto, le descubrieron el paquete y la miraron con ojos interrogantes. Ella por toda respuesta abrió su billetera y en un gesto inequívoco les ofreció todo el dinero que allí guardaba, alrededor de ciento veinte dólares. No era mucho pero esos hombres lo miraron como si fuese una fortuna. No conformes, sin embargo, la palparon sin dejar libre ningún rincón de su cuerpo y le descubrieron trescientos más que guardaba de reserva en su zapatilla izquierda. Se quedaron con todo el dinero y también con el *hash* y Ruth no tuvo dudas de que Jim había sido el que había urdido la trampa. Ese dinero era todo lo que le quedaba si no sumaba el billete de regreso a Madrid. Apenas pudo perdonarse semejante riesgo, salir así, con todo el dinero a la calle, pero le habían advertido que en el hotel robaban y no confiaba en las cajas de seguridad. Los escondites de su cuerpo nunca le habían fallado, si bien es cierto que nunca había llegado a semejantes extremos.

Los policías los dejaron sin demasiados rodeos y Jim caminó con ella en silencio las pocas cuadras que quedaban hasta el hotel. Cuando llegaron al lobby, Ruth pidió su llave y sin mirar a Jim se dirigió a su cuarto. Jim corrió tras ella y mientras esperaba el ascensor le reclamó su paga del día. Ruth no podía creer su desparpajo. Sin ironía, le sugirió que fuera a pedirle su parte a su amigo, el policía de las condecoraciones. Jim se ofuscó mucho, tanto que sacudió a Ruth por el cuello de su camisa de lino y con una mirada que empezaba a esbozar un extraño dibujo le dijo en español: "La próxima vez que vuelvas a Marrakesh, te mato... Adiós". Ruth no se acobardó y mirando a los costados le retrucó que por qué no la mataba ahora, allí mismo. Jim apenas se dio vuelta, escupió el piso, regalándole una mirada que ya era un cuchillo. Ruth llegó a su cuarto llorando, humillada y muerta de miedo, hizo sus maletas y pensó que todo eso le estaba pasando por haber abandonado a David en su peor momento. *El mal que uno hace se vuelve tarde o temprano en nuestra contra. No hay*

salida, pensó y sin ahondar mucho se tomó el primer vuelo que encontró para irse de Marrakesh. Llegó a Casablanca temblando y con las fuerzas justas como para hacer la conexión con Madrid.

En Madrid se alquiló un cuarto en La Latina y durante ocho domingos vendió cruces de madera con un Cristo encadenado en El Rastro.

Trató de comunicarse telefónicamente con David. Nunca la atendió. Sólo se enteró de que había mejorado y remontaba su empresa. Le hubiese gustado pedirle perdón. Estaba volviendo a ser una típica chica judía y no pararía hasta lograr volver a verlo y así, frente a frente, suplicarle que la perdonase.

En su puesto improvisado del Rastro también liquidó la tetera, las alfombras, las copas y se guardó como recuerdo las pulseras de plata falsa. Se dejó crecer el pelo y mendigó durante un mes por la calle Montera. Mendigar no rendía, había mucha competencia, por lo que no le importó vender heroína contratada por *dealers* de Cabo Verde y hasta durmió con tres japoneses de multinacionales para pagar el viaje de regreso a Buenos Aires. Lo hubiese hecho más seguido pero Ruth no estaba tan en forma y le costaba conseguir clientes por el dinero que ella pretendía. Cada vez se sentía más torturada por la impiedad con la que había tratado a su David y ya sólo quería volver a Buenos Aires para escuchar su perdón. Irse era su primer objetivo y lo logró. Con el poco dinero ahorrado —que sólo alcanzaba para algo menos de la mitad del pasaje— compró un billete robado a una *azafata* de la aerolínea. Antes de subirse al avión, temió que la descubrieran pero no pasó nada.

Voló, nerviosa, apretujada contra todos los sudamericanos pobres que emprendían su regreso al continente. Hacía tres meses que había dejado Buenos Aires y le parecían treinta años. Shoshana, su madre, había sufrido una embolia y vegetaba en una clínica de descanso para jubilados pagada por el Estado. Luego de dos fallidos intentos de suicidio —a Ruth no le habían dicho nada antes porque pensaban que no le importaba— David parecía establecerse comerciando cuanto podía con Cuba, que iniciaba a todo vapor su etapa de economía mixta. Nadie le dio la bienvenida. Luego de mucha insistencia por parte de Ruth, David aceptó tomar con ella un café pagado a medias con el único fin de informarle que había vendido su piso de Libertador y, dadas las circunstancias, no había considerado justo guardarle su parte.

Ruth le tomó la mano y David se soltó enseguida y la miró con asco. Ruth supo que no había retorno. David se retiró sin besarla, dándole la tarjeta de su abogado. Ruth lloró largamente en la mesa del bar. Estaba más pobre que nunca y eso —paradójicamente— le importaba menos que lo sola que se sentía. Se sentía sola de David y no tenía cómo remediarlo. Todo lo que él sintiera por ella, era justo e inevitable. Ruth tendría que empezar a pensar, de una vez y no como un juego, la vida sin él. Se sentía vencida y con pocas ideas. Se entregó sin presionarse a lo que la vida le fue dando y creyó ver en una película que pasaban por cable una señal. No tuvo escrúpulos ni dudas. Iba a hacer lo que debía. Tomó una cuchilla de la cocina y un aerosol paralizante que había comprado en Madrid, se puso los guantes de lavar los platos y una media en la cara. Con esas solas armas, robó en una noche tres minimercados coreanos, paralizó a los dueños y, sin dejar rastros —nunca pensó que los guantes de cocina podían servir para algo más que lavar la vajilla—, huyó hasta el aeropuerto. Cuando los vejados vietnamitas estuvieron en condiciones de hacer la denuncia, Ruth ya estaba en un avión rumbo a París. Esta vez desde allí volaría a Marruecos. Iba a buscar a Jim. Viajó con lo puesto y con lo puesto esperó en el Charles de Gaulle la conexión con Marrakesh, con lo puesto caminó sola por las calles, haciendo caso omiso de los conocidos acosos y fue directo al Café du France, allí donde Jim le había conseguido el

hash. No tardó en encontrarlo. Lo vio, le cruzó el cuerpo y le habló en español: *Volví. Aquí te traigo este cuchillo. Acéptalo. Es un regalo caro.* Jim lo tomó con brusquedad, bajó las escaleras y salió disparado en su motoneta. Ruth bajó tras él y se quedó dando vueltas como un trompo falseado en el medio de la plaza. Lloraba. Jim apareció por detrás y Ruth pudo olerlo pero no se dio vuelta. Se puso erguida y se preparó para encontrar la puñalada que enseguida vino. Mientras caía y, antes de lanzar su último suspiro, recordó las premonitorias palabras de Jim. *La próxima vez que vuelvas a Marrakesh te mato.* Así fue, así fue porque Ruth quiso. Esas palabras la empujaron a volver a Marrakesh donde las manos de un hombre desconocido ejecutaron aquello que la mano de su hombre conocido, David, no se atreverían. Cuando cerró los ojos, todavía siguió pensado. Imaginó sus funerales con un servicio tan caro y exclusivo como el de su boda: Un ataúd con manijas de oro, una mortaja bordada a mano, su rostro maquillado y flores rodeándola por todas partes y, sobre todo, imaginó que una orquídea puesta por David le entrecerraba las manos. Con esa imagen, su respiración cesó.

Ruth ya no podía ver, ni llorar, ni lamentarse, ni protestar, ni sentir culpas, cuando la enterraron en una fosa común en el cementerio de Esauira, próximo a Marrakesh. La embajada de su país avisó a sus familiares, pero nadie reclamó su cuerpo.

Caireles

Uno, dos, tres... Respiró lo más hondo que pudo, sacó los pies de la silla, la pateó. Error. La soga no le apretó el cuello hasta ponerla morada y dejarla sin respiración. En cambio, la araña de caireles, una piadosa herencia de su abuela, se estrelló contra el piso y ella también cayó, sin conseguir, aunque más no fuere, un rasguño. Quedó sepultada por los escombros en los que se convirtió el techo y el verdadero daño fue a parar a la alfombra, de un exquisito rosado champagne, ahora transformado en un oscuro marrón topo, de textura polvorienta y pegajosa. Los pies de Aurora, mientras pataleaban en el aire durante la caída, voltearon un florero de vidrio imitación cristal, adornado con troncos secos y rosas marchitas, y una colección de gallos, esas pequeñas estatuillas que cambian de color según el estado del tiempo. Había sido su tercer intento y otra vez había fracasado. Mientras desanudaba la soga trató de recordar cómo había empezado todo, esa obsesión suya por morirse, o mejor dicho, por matarse.

La primera idea la tuvo durante la fiesta de fin de año que unos amigos ofrecieron en su casa de campo. Un sitio rodeado de árboles, pasto y aire fresco y tranquilizador. Aurora notó que todos sus amigos —incluso su marido y sus dos hijos— tenían miedo de pasar al próximo año. La idea que más los aterrorizaba era no poder conciliar el sueño durante esa última noche. Aurora se dio cuenta, en cambio, de que su único terror consistía en despertarse al día siguiente. Así parecía haber empezado todo, entre burbujas de champagne ajeno —porque ella ya no bebía, había sido alcohólica y estaba en proceso de permanente recuperación—, tartas exquisitas y desgrasadas y postres de bajas calorías.

Aurora tenía treinta y tres años y hasta entonces trabajaba como profesora de inglés en un secundario de Paternal. Era famosa entre los alumnos de primer año por su obsesión en la conjugación del verbo *to be* en negativo. Adoraba hacerles repetir a coro : *I am not, You are not, He is not, We are not, you are not, they are not*. El coro empezaba como un murmullo y terminaba prácticamente en alarido. Cuando los chicos gritaban la primera persona del plural, Aurora entraba en éxtasis y la rúbrica que intentaba darle a su vida sería la que otorgaría cierta explicación a semejante paroxismo.

Aurora era una mujer flacucha, huesuda, prepotente que hacía mucha gimnasia para mantener los músculos duros. Le preocupaba la conformación de sus brazos. *Allí las mujeres llevamos nuestra verdadera cédula de identidad* decía, mientras ejercitaba los tríceps con unas pesas llenas de arena compradas en una vereda del barrio de Once. Llevaba el pelo teñido de rojo sangre, largo y atado con una cola de caballo, que también podía parecer la estopa coloreada de una escoba. Su pelo y su tozudez eran, o habían sido, su carácter distintivo, junto a los sucesivos suéters color lila tejidos a mano que cambiaba de temporada en temporada. Se había casado a los veintidós en una boda blanca y festiva. Había parido sucesivamente a los veinticuatro y a los veinticinco. Primero la nena, después el varón. Su marido, el Alemán Keller, así le decían, se dedicaba a la exportación de camarones al oriente asiático y desde el primer día le había dicho que la amaba con locura, declaración de la que Aurora siempre desconfió. Se habían conocido durante la adolescencia, en un grupo precoz de alcohólicos anónimos. Los dos, desde los doce años, empezaron a ser adictos al Peñaflo blanco, el vino de mesa favorito de sus padres. Cada uno se escondía en un rincón de la casa y, cada día, tomaba hasta caer rendido y sin conciencia sobre el piso. Esa coincidencia fue lo que verdaderamente los unió. Atravesaron la cura con éxito y desde entonces, nunca se separaron y se fueron fieles, hasta donde pudo saberse. Aurora se ocupaba de sus hijos y compartía todas las decisiones sobre su familia con el Alemán. Desconocía lo que era una zozobra económica, no ambicionaba lujo y jamás había contraído una deuda. Solía decir que su felicidad estaba en la medida de lo justo, una zona ascética sin desbordes ni carencias. Llevaba una vida serena, ordenada y, según su propia creencia,

rutinaria y previsible. Aurora nunca se quejó porque no encontraba motivo y parecía una mujer dotada del singular don de la alegría. Su risa podía distinguirse entre miles y era tan contagiosa que nadie ante ella podía sentirse infeliz.

Sin embargo, de un día para otro, en esa frontera desquiciante de la medianoche de un 31 de diciembre, quiso sacarse todo de encima: la serenidad, el orden, su felicidad broquelada, las pesas de arena, las clases de inglés, el suéter lila, el Alemán Keller y toda su familia. No quería matarlos ni destruirlos, ese exclusivo destino lo reservaba para ella. Quería simplemente que dejaran de formar parte de su vida, como si nunca hubiesen marcado una huella, como si jamás la hubiesen conocido. Toda esa necesidad le sobrevino de repente, luego de ese festejo crucial de fin de año.

En el viaje de vuelta, los chicos dormían en los asientos traseros de la camioneta, el Alemán Keller manejaba con destreza y ella estaba sentada hecha un ovillo con la cara pegada al vidrio y las mejillas húmedas de lágrimas. Es que en ese viaje desde las afueras al centro volvió a verse chiquita, una nena atormentada, aterrorizada contra una pared, muerta de miedo por seguir con vida. Se sentía parte de algo demasiado grande para ella, demasiado inmanejable y cada tanto creía tener la sensación de que su vida no era su vida sino el pensamiento de otro. Cuando se daba cuenta de que no era así y que su vida era su vida, sin escapatoria, se petrificaba y se hacía pis encima del miedo. Fue creciendo y trató de armarse una vida ordenada y ella era el mejor personaje para actuarla. Así juntó una casa, un marido, un par de hijos, un trabajo, unas paredes que la contuvieran y se tranquilizó, desplazando temporariamente el terror.

Aunque al principio trató de adormecerse con el alcohol, las borracheras no fueron suficiente para quitarle el estupor de estar viva. Compartir la recuperación con el Alemán la ayudó a rodear su rutina de un amor probablemente falso y un orden blindado que le proporcionaron cierto alivio, hasta que esa noche, sentada en la camioneta de su marido, transitando una ruta agobiante de bocinazos, luces entrecruzadas, vacas y absurda locura por el comienzo de un nuevo año, todo se desmoronó o volvió a ponerse en su verdadero lugar y la careta se le cayó, dejando la verdadera cara de Aurora en carne viva. Y eso fue puro dolor.

Aurora fue otra vez —en realidad nunca había dejado de serlo— la nena que se petrificaba ante la vida, y después de muchos años se meó encima y mojó el tapizado de la camioneta y no sintió humillación. El Alemán Keller se dio cuenta por el olor y se detuvo, sin decir palabra, en una estación de servicio. Aurora se bajó. Entró al baño y apenas pudo secarse los pantalones. Se refrescó la cara y sin mirarse al espejo volvió a la camioneta donde el Alemán la esperaba con una caricia y donde sus hijos todavía dormían.

Llegaron a la casa cuando casi amanecía. Aurora no bajó a los chicos y le dejó todo el trabajo al Alemán. Se tiró en la cama y se durmió enseguida.

Cuando ese primero de enero se despertó, el mundo entero seguía pareciéndole fatigoso e incomprensible. Su mirada de nena desconcertada y triste —tapada por los falsos estímulos, las distracciones vanas, la vida planificada y la frivolidad— se transformó sin retorno en el temible rictus de una mujer desesperada.

No se hizo preguntas ni indagó en profundidad para encontrar razones que justificaran el movimiento de sus pulmones. Respetó su intuición. Si respirar carecía de sentido, parece que se había dicho, habría que dejar de hacerlo. Su terror de nena se había convertido en un ineludible deseo de muerte. Con los ojos clavados en el techo, mientras su marido terminaba de afeitarse con la brocha especial que le había regalado para Navidad, quiso uno

sola cosa: morir. Sus hijos ya se habían despertado y habían ido a sacudirle —primero la nena, luego el varón— las sábanas como cada mañana, pero ni siquiera ese candor pudo convertirse en una *razón*, en un alivio o en una justificación para devolverle la risa. No rió. Les pegó un grito de leona y los ahuyentó.

Se levantó de la cama y, por primera vez, no les preparó el desayuno. Con los pechos al aire y la bombacha medio caída, se sentó en el comedor ante la mirada atónita del Alemán Keller que le alcanzó una manta. Aurora se la devolvió de mal modo, tirándola al piso. Le clavó sus ojos, por primera vez bestiales y fríos, y le pidió que se fuera para siempre y que se llevara a los chicos. No le iba a decir más.

Es el día de hoy que nadie puede explicarse por qué el Alemán le obedeció sin, prácticamente, ofrecer resistencia. La partida, parece, fue desgarradora. El más chiquito lloraba y se aferraba a sus piernas desnudas y su alarido se escuchó en toda la cuadra. El nene no quería irse. Aurora no reparó en lamentos y le bastó un empujoncito para despachar a los tres.

El Alemán Keller fue con los chicos a Palermo a pasear en los botes del lago y a jugar a la pelota. A las tres horas volvió. Estaba convencido de que Aurora había tomado alcohol escondidas durante la fiesta y que toda esa hostilidad era producto de una secreta resaca. Volvió y no pudo abrir la puerta. Estaba atrancada desde adentro. Sin alarmarse demasiado, golpeó lo más fuerte que pudo con sus puños. Pero Aurora no le abrió. Cuando el Alemán empezó a preocuparse, puerta cerrada de por medio, Aurora recién le contestó.

—Ándate bien lejos. Vos y los chicos. —¿Por qué, mi amor? ¿Qué te pasa?

—Si no te vas me mato... Me degüello acá mismo y vos y los chicos van a ver cómo mi sangre corre por el pallier y se hunde en la alfombra color champagne.

El Alemán creyó que la resaca todavía duraba. Se fue para evitar que los chicos siguieran escuchando y apenas pudo consolar sus llantos mientras bajaban por el ascensor. El Alemán tenía pensado dejar a los nenes con su madre y luego volvería por Aurora, para calmarla y compartir con ella su pesada resaca. Después pudo comprobarse que el Alemán nunca había entendido bien quién era Aurora, esa mujer que no había dejado nunca de ser una nena con ganas de emborracharse hasta dejar de existir y que no tenía consuelo. Era inabarcable.

Una vez despachada su familia, Aurora hizo el primer intento. Llenó la bañera con agua, la regó con sales y vació en ella todos los frascos de espumas relajantes aromáticas y de marcas caras que encontró sobre las repisas. Cuando el agua estuvo tibia, se quitó la ropa, lentamente, revisó cada centímetro de su cuerpo simulando una ceremonia de despedida y con el pie derecho, entró. Se puso boca arriba, echó la cabeza hacia atrás y, con los ojos cerrados, se sumergió. Estiró una mano, la sacó del agua y tomó el secador de pelo que siempre tenía enchufado. Lo encendió y lo tiró al agua. Había visto muchas películas donde la gente moría de ese modo, electrocutada. Pero a ella no le sucedió nada. Quién sabe si porque el secador era taiwanés o qué pero pasaban los segundos y Aurora sentía, con infinita decepción, cómo la vida continuaba hasta que un estertor le quebró los oídos y los latidos de su corazón se aceleraron tanto que se asustó. Su cabeza parecía estar, al fin, por estallar, una fuerza que no sabía de dónde venía empezó a chuparla para atrás y, por primera vez, se sintió ahogada. Empezaba a morir. Pero no se animó. Sacó la cabeza del agua, aturdida; se sacudió el pelo, agitada, y tomó una toalla grande. Se levantó y se envolvió. Fue hasta la cocina y encendió la televisión. Puso un canal donde pasaban programas de tevé de otras épocas y le quitó el sonido. Abrió la heladera y sacó un yogur de durazno. Se lo comió. Sintió alivio, pero no le alcanzó. No podía conformarse con el sabor fresco de un

producto de leche descremada. Se tomaría un tiempo para su segundo intento. Tiró el envase de yogur al tacho y se recostó, mojada, en su cama, pensando en cómo daría un próximo golpe que fuera definitivo. Se quedó dormida hasta que el sonido insistente del timbre la despertó. Apenas asomó un ojo por la mirilla. Era el Alemán que venía con un cerrajero dispuesto a abrir la puerta por las buenas o por las malas. Entonces volvió a ocurrir algo inesperado. Aurora hizo alarde de una tenacidad y de una fuerza de la que nadie la hubiese creído *capaz*. Tapió la puerta y de paso también las ventanas y se amotinó. Esa era su casa y nadie podría sacarla. El Alemán, desconcertado y con su amor propio herido, finalmente se fue. Lo que más le importaba era su orgullo pisoteado y ésa fue la garantía que tuvo Aurora para asegurarse de que no volvería a molestarla nunca más.

Ya había descubierto en qué consistiría su segundo intento. Se abandonaría: dejaría de comer, de bañarse, de tomar agua y seguramente, en algún momento, su cuerpo se diluiría. No tendría que hacer nada y la nada vendría por ella.

Desconectó el teléfono, apagó la luz y se sentó a esperar. Creyó que el simple abandono podría arrasarla. Hizo todo lo previsto. Dejó de comer, de limpiar la casa, de ponerse cremas y de bañarse. Las cucarachas ganaban los rincones; la humedad, las paredes, y los vecinos se quejaban porque cada noche, con una puntualidad espeluznante, Aurora se asomaba a la ventana que daba a la avenida y gritaba durante dos horas sin parar y hasta quedarse afónica: "¡Qué vida de mierda!". El consorcio trató de echarla pero nada pudo hacerse sin una orden judicial. Y la justicia, como en todos los casos, aquí fue lenta. Llamaron a su marido para que tomara cartas en el asunto, pero el Alemán Keller había vuelto a su grupo de Alcohólicos Anónimos donde le aconsejaron dejar de ver a Aurora. Ella lo llevaría nuevamente por el camino de la adicción y el grupo se había puesto fuerte y no se lo permitiría. Por lo tanto el Alemán no concurrió. Aurora no tenía padres, su único hermano construía puentes en Oslo y no se trataban. Como era verano, su ausencia en la escuela no se notó.

La táctica del abandono no le estaba dando resultados o, al menos, demoraba un tiempo que Aurora no era *capaz* de tolerar. Cada mañana, se levantaba expectante, tratando de encontrarse con algún símbolo de decrepitud, pero una especie de salud de hierro la taladraba a su pesar. Se estaba dejando morir pero la muerte se hacía desear y fue en una de esas mañanas todas idénticas y decepcionantes cuando decidió volver activamente a la carga sobre su muerte. Este tercer intento no debería fallarle. Cambió radicalmente de táctica y se puso definitivamente en acción.

Quiso montar una gran escena, como una secuencia costosa de un espectáculo. Sobre todo porque se propuso que el que encontrara su cuerpo sin vida se impresionara más por la cuidada producción de su vestuario que por la sordidez de su cadáver.

Se animó a salir a la calle y lo hizo de madrugada cuando las calles estaban desiertas y sus vecinos no podían verla ni reclamarle nada. Durante una larga noche recorrió vidrieras y fue eligiendo los elementos que compraría para su ritual. Volvió a su casa, los dibujó y fue preparando la escena en su dormitorio donde reinaba la araña de caireles. Sacó todos los muebles, limpió con los productos que le quedaban, un lustramuebles, una franela gris y un líquido biodegradable indicado para múltiples usos. Rescató viejos sahumeros de sándalo y purificó el cuarto. Cuando se sintió preparada, salió nuevamente bien entrada la noche y esperó sentada en una plaza a que los negocios abrieran.

Así se compró un vestido hecho enteramente de ojotas —era la imitación exacta de uno que había aparecido en una película australiana—, adquirió una corona de perlas falsas para

la cabeza, se compró un par de guantes de nylon gris que la cubrirían hasta el codo. En la perfumería, eligió un esmalte negro para las uñas de los pies —que llevaría desnudos— unas tijeras filosas y una tintura negra ya que pensaba raparse y oscurecerse lo que le quedara de pelo. También compró un lápiz negro con el que se pintaría un lunar entre las cejas. Por último, eligió unas pestañas postizas color azul.

En un negocio de muebles orientales, compró un banquito tailandés desde donde dejaría el mundo y a último momento —ya estaban por cerrar todos los negocios— entró en una ferretería y compró la soga. La más barata, un ahorro inútil del que, por supuesto, después se arrepintió. Esperó a que pasara la medianoche para entrar, cargada de bolsas, a su departamento. Tal como pensaba, nadie la escuchó ni la vio. Había cumplido su misión.

Al día siguiente, exquisitamente vestida y maquillada, se colgó de la lámpara con la soga barata y allí fue cuando todo, una vez más, fracasó. Tirada en el piso, rodeada de escombros, cristales rotos, gallos verdes y caireles, se largó a llorar y parecía que de lágrimas iba a morir. Pero no. Si por sobre todas las cosas la martirizaba la idea en sordina de que su vida había sido un fracaso, tenía que aceptar que su muerte también lo era. Se arrancó las ojotas una por una, se sacó los guantes, se raspó el negro de las uñas de los pies y se borró el lunar mientras seguía llorando y, llorando, se quedó desnuda durante cinco minutos frente a un espejo que le devolvía una imagen deshecha. Recién entonces estuvo segura. Por fin pudo abandonar la piedad rastrera que sentía por ella misma. Fue ese momento cuando vio su alma a través de su cuerpo neto, verdaderamente dispuesto a desintegrarse. Sin dejar de llorar, se dio una ducha fría y salió de la bañera y no buscó nada con qué cubrirse. Tiritaba. Su llanto sonaba tan peculiar como su risa pero ya no era contagioso. Nadie podía escucharla y recibir la infelicidad simétrica y el dolor inconsolable que despedían sus gemidos.

Fue hasta el televisor pero esta vez no lo prendió. Con el cuerpo empapado, rozó los cables y eso bastó. Un delicioso y ambiguo olor a churrasco la embriagó, por unos segundos sintió hambre y esa exótica fragancia que despedía su cuerpo quemado fue lo último que olió.

Amor de cinematógrafo

Jacques había nacido en el puerto de Niza, en Francia. Allí vivía y era conocido como un joven tranquilo, simpático y con una poderosa capacidad de seducción. Hasta que una tarde, a los dos días de haber cumplido los quince, su madre le pegó una certera e injusta patada en la cabeza. Su vida cambió la tarde de la patada. No hubo más tranquilidad, ni alardes de simpatía ni exitosos emprendimientos de seducción. Además, su cara de niño se transfiguró para siempre y adoptó los gestos adustos y resignados de una persona mayor. Jacques no gritó cuando su madre lo golpeó, pero desde ese mismo momento supo que pasaría el resto de su vida juntando coraje para emitir el grito que se había tragado por miedo, por vergüenza o, quién sabe, por pudor.

Antes de patearlo, su madre lo había visto haciendo el amor con el cuidador de un barco pesquero y ruso en el dormitorio que tenía asignado en el palacio enorme que su padre, conservador, millonario y gaullista, había heredado. Su madre entró sin golpear, una mala costumbre arrastrada a través de los años, y vio lo que jamás hubiese querido: el cuerpo de Jacques enlazado inconfundiblemente con el del cuidador ruso. Lejos de cerrar la puerta y esconderse a llorar por los rincones, se abalanzó sobre la cama, separó a Jacques del pescador —que olía a truchas, algo que también le resultó intolerable—, puso boca abajo a su hijo y, sólo entonces, lo pateó en la ceja izquierda.

Jacques no atinó a hacer nada, parecía estar esperando el castigo. Su madre siguió golpeándolo brutalmente con su *zapato* de cuero italiano y taco aguja. Empezó por los pies, siguió por las rodillas, se detuvo más de lo debido en los genitales, saltó la espalda y los hombros y terminó, con saña, en la cabeza. El cuidador de barcos huyó durante el segundo golpe, el de las rodillas, no sin antes alertar con señas al padre de Jacques que leía a Céline en la biblioteca.

El padre abandonó el libro sobre un sillón y con parsimonia se dirigió al cuarto de Jacques. Se acercó a su esposa y trató de calmarla, le frenó los brazos y le susurró al oído el secreto que tenía guardado: *"Hace años que Jacques lo viene haciendo, la primera vez fue con tu hermano Thierry"*

La madre se paralizó y Jacques pudo darse vuelta y mirarlos con sus ojos secos de lágrimas pero llenos de dolor. Su cuerpo estaba arrullado sobre sí mismo, como un feto a punto de ser mal parido y su boca sufría, tan seca como sus ojos y sobre todo permanecía vacía de palabras. El mundo se dio vuelta.

Al día siguiente de la golpiza, su madre le prohibió acercarse o acariciar a sus hermanos menores por miedo a que su singularidad fuese una costumbre pegadiza. Lo encerró en su cuarto y lo sacó de la escuela, condenándolo al embrutecimiento. A los amigos los asustaron con crueldad, esparciendo el rumor de que sufría una enfermedad mortal y contagiosa. Podría vivir años pero el mínimo roce con su aliento sería causal de peligros. Los padres de sus amigos ni se lo cuestionaron y Jacques se quedó repentinamente solo y cercado. Nadie podía contactarlo.

Su madre también racionalizó su comida, obligándolo a ingerir cada mañana media baguette con manteca acompañada de un vaso con agua. Por la noche sólo permitía que le sirvieran arroz con legumbres o con verduras. Lo dejaba entrar al baño dos veces por día, al levantarse y al irse a dormir. Entonces Jacques empezó a hacer pis en floreros y viejas cajas que luego escondía torpemente, y a defecar fuera de horario sobre las amadas hojas de sus revistas de comic. Cuando su madre descubría sus extralimitaciones, repetía la escena del zapato —en versión reducida, dos o tres golpes; en versión completa, la secuencia original—. Incluso una vez llegó a quitarle el agua del desayuno.

El padre no intervenía y su silencio era toda la respuesta que ofrecía ante la situación. Durante esos primeros días, entró al cuarto de Jacques y guardando su rutinario silencio se le acercó y lo acarició con su mano enguantada. Jacques dijo *perdón*, aunque sentía que no tenía por qué pedirlo pero estaba dispuesto a rebajarse hasta ese punto con tal de reestablecer el orden de su vida en palacio. Extrañaba con furia ser parte de una familia y se sentía expulsado. Su mentira fue inútil: su padre abandonó el cuarto.

Luego de dos largas semanas de encierro, su madre se presentó en su cuarto y le abrió la puerta. Por primera vez Jacques pudo sostenerle la mirada y como en una afrenta volvió a pronunciar la palabra *perdón*. Como única respuesta su madre lo empujó contra una pared y le anunció las nuevas reglas. Podría deambular por el castillo entre las 9 de la mañana y las 6 de la tarde. Luego debería volver al cuarto hasta el día siguiente.

Tanto sus hermanos como los sirvientes, ni qué hablar de sus padres, evitaban su contacto y Jacques empezó a pensar que permitirle salir del cuarto era más cruel que dejarlo encerrado porque de este modo todos podían ostentar su desprecio. De todas maneras, aprovechaba su licencia para deambular por el palacio refugiándose en la biblioteca, una sala gigante y olvidada, llena de ejemplares que hacía tiempo nadie tocaba. Allí leía cualquier cosa, todo era bueno para sacarlo de ese aturdimiento: de la *a* a la *zeta*, cualquier libro le servía. Así empezó por Aristóteles y Artaud y terminó con unos tratados de zoología llenos de ilustraciones de las más diversas especies. Por la noche sus ojos estaban tan irritados que se le cerraban sin que él pudiera controlarlo y lo conducían a un sueño simétrico de ocho horas donde olvidaba el desapego en el que transcurría su vida.

Tres días después de cumplir los diecisiete, recién cuando estaba terminando el último tomo del tratado de zoología tuvo la idea de la huida. Pensó que después de todo podría irse para siempre de palacio, armar su propia familia y encontrar a aquellos que pudieran amarlo sin juzgarlo o castigarlo. Por primera vez, la idea de alejarse no le partió el corazón.

Jacques decidió escaparse cada noche a la ciudad pensando que allí encontraría la oportunidad propicia para irse definitivamente del palacio. La buscaba en las bocas de otros hombres, en sus abrazos, en sus palabras de amor, en sus promesas titubeantes. Así las noches se cargaron de lujuria y frenesí. Barcos con tripulaciones ardientes, baños oscuros y demandantes, pasillos de discotecas con sillones mullidos como camas, esquinas solitarias fueron los lugares más frecuentados y antes de que alguien pudiera descubrirlo, Jacques regresaba al palacio cargado de olor a burdel, semen ajeno, perfumes rancios y gotas de esperanza. Se daba un secreto baño de inmersión donde borraba la desilusión de cada desencuentro y regresaba a su cama como si nada hubiese ocurrido.

Durante tres meses las noches tuvieron rutas previsibles y cuerpos poco estimulantes hasta que, en un lugar inesperado, Jacques conoció a Carlitos, un mimo argentino.

Carlitos estaba haciendo malabares frente al muelle del puerto y Jacques lo miró fascinado por sus movimientos. Un grupo de personas lo rodeaba y cuando terminó su trabajo pasó la gorra con gran desenfado. Jacques le puso un billete de 200 francos —solía robarle a su padre y éste seguramente sabía pero aquí también callaba—. El billete no pasó inadvertido para Carlitos que se lo agradeció y lo invitó a tomar una cerveza. Desde ese día, jamás se separaron. Jacques abandonó palacio sin dejar ni una nota explicativa. Se iría pero volvería por una única vez, sólo por cinco minutos, para cumplir la misión incumplida del grito, allí, donde había sido dado a luz, pero donde también le habían negado el derecho a vivir tal cual había elegido.

Viajó junto a Carlitos a París, donde primero fue su ayudante: le preparaba el fuego para los juegos, los palos para los malabares, los cambios de vestuario y al final, pasaba la gorra.

En poco tiempo comenzaron a hacer un dúo exitoso con el que cada tarde se paraban en alguna concurrida esquina de Montmartre a entretener turistas y lugareños. Fue en París donde se cortó el pelo, le quitó todo el color y empezó a pintarse los labios. Rosado para el día, bordó para la noche. Se labró dos tatuajes, uno en cada omóplato. En el izquierdo se leía Jacques; en el derecho, Carlitos. Por la noche era infaltable, junto con Carlitos —que cada vez se convertía más en un buen amigo que en un fogoso amante— en los bares del circuito de Rambateau donde, además de pintarse los labios, lucía su escaso pelo entumecido por el gel y los ojos destacados por un colirio marroquí que Carlitos había comprado en uno de sus frecuentes viajes a África. Cuando terminaba el circuito por los bares iba solo a recorrer baños, su lugar favorito. Apretaba su sexo contra el de otro hombre apoyado en los mingitorios y sobre todo se picaba frente a los inodoros o, una vez afuera, se arrastraban hasta el Sena, y lo hacían sobre las alcantarillas. Hacían todo: el amor y luego se picaban. Jacques no escapó al estigma de los tiempos y a los diecinueve ya era seropositivo. No se preocupó, siguió la vida sin tomar en cuenta el virus que podía dejarlo sin defensas. Sólo necesitó apurarse.

Con una velocidad inevitable, se introdujo en la vida urbana como si nunca hubiese conocido otra cosa y eligió los bordes para colocar sus pasos. Siguió durante dos años picándose heroína y organizando desfiles de diseñadores marginales, esos que construían el espacio antimoda cuando cada primavera el Louvre se inundaba de modelos caras, diseñadores famosos y periodistas pasados de ínfulas. De repente la relación con Carlitos conoció otra etapa por la que vivieron una pasión definitiva y reciclada, regada de un arrebató de amor con el que construyeron un lazo de sangre. Planeaban todo juntos: sus trabajos, sus paseos, sus compras, sus descarríos y había veces que en la misma noche soñaban un sueño idéntico. Compartían sus drogas, sus picos y sus jeringas y, después de dos años, aburridos pero ya asustados de sus brazos pinchados y la enfermedad que les carcomía el cuerpo — Carlitos también se había contagiado— decidieron en silencio, emprender un viaje salvador al sur de América, a la patria de Carlitos. Vendieron los juegos de malabares y las ropas de mimo, Jacques puso en una bolsa común todos sus ahorros y compraron dos billetes de ida, clase turista, en Air France. Mientras el avión despegaba, se sintieron felices y aliviados. Dejaron París sin mirar hacia atrás. Otra tierra podría prometer otras vidas.

Jacques, a poco de llegar, dejó de ver a su amigo porque éste corrió tras los brazos sanos y seguros de un viejo amor. Y otra vez volvió a sentir un inmenso dolor y otra vez no derramó ni una sola lágrima. Su pelo volvió a ser oscuro, engordó nueve kilos y empezó a venerar el vino nacional y tinto. Sin embargo, el pavor de la ausencia de Carlitos en las cercanías de su vida lo asustó tanto que fue por eso que no pudo evitar su descenso y el camino certero y directo de regreso hacia el grito ahogado. Jacques no lo notaba pero la voracidad de sus actos lo llevaba a encontrar respuestas donde no las había.

Jamás se hubiese atrevido a imaginar que iba a encontrar el calor de un hogar, la templanza de un amor fugaz pero a la vez eterno, la seguridad de un roce tibio cuerpo contra cuerpo en el pasillo oscuro y rumiante de un cine porno. Una mañana caminaba por la calle Santa Fe buscando desesperadamente el último número de la *Vogue* francesa. Nunca lo encontró. En cambio, una puerta sugerente llamó su atención y sin poder resistir la tentación, entró. Esa mañana daban en continuado *Power tool*, uno de los éxitos de la megaestar pomo del momento. Jacques se envició. Cada madrugada, antes de que amaneciera hacía rodar su cuerpo por los pasillos del cine. Jamás veía una película. Su mayor espectáculo era centrar su atención y encontrar un cuerpo distinto para empezar cada mañana y en ese pacto continuo le encontró un particular sentido a su vida. Pero ocurrió lo inevitable. Luego de probar cuerpos de todas las pieles, una sola piel arrebató su atención y

pudo haber sido para siempre. Perteneceía a John, un neoyorkino que hacía una pequeña escala por negocios en Buenos Aires. John era gordito y pegajosamente cariñoso, parecía un indefenso hombre confiable que tenía el sí fácil. Quizá por una caricia dada a tiempo, Jacques se enamoró. Su arrebato fue inexplicable.

Por John, Jacques dejó de pasar sus amaneceres en el cine, por él volvió a mudarse de país y por él volvió a creer que una vida con otra luz era posible. John no fue muy distinto al resto de los hombres con los que Jacques se vinculó por más de tres horas. Pero Jacques necesitaba inventarlo y cargar ese cuerpo de los adjetivos que harían de ese hombre, el hombre soñado. Como con los demás, todo fue veloz, confuso y nuevamente doloroso. No parecía posible semejante desenlace. La bondad infinita, la extrema consideración y el irrefrenable deseo que había demostrado John en sus días en Buenos Aires, no permitían prever lo que ocurrió después.

La vida breve de Jacques en New York estuvo colmada de humillaciones que marcaron su cuerpo con la misma fuerza que la patada inicial en la cabeza que su madre le dio aquella tarde. John salía a trabajar cada día a su negocio de estatuas en el Soho y encerraba a Jacques en la cocina después de obligarlo a tragar un desayuno cargado de cerveza negra, salchichas y frijoles. Al volver por la noche se emborrachaba con vodka y obligaba a Jacques a besarle su cuerpo mojado de alcohol y sudor. Día por medio llegaba con otros hombres y dejaba a Jacques solo en el living y con la caldera apagada aunque era pleno invierno. Cuando Jacques trataba de pedir alguna explicación, John le pegaba. Pero no era un golpe duro, era una bofetada suave y los cinco dedos de la mano de John empezaron a ser huellas indecorosas en su cuerpo. Estaba frente a un loco incontrolable y se maldecía por no haberse dado cuenta antes.

Jacques no reaccionaba porque no podía evitar paralizarse frente a aquellos a quienes amaba sin la medida de la razón. El amor lo convertía en esclavo y eran las cadenas de ese sentimiento incómodo las que no le dejaban emitir un sonido: ni una queja, ni una súplica, ni un insulto, ni un ruego y mucho menos un llamado de atención.

Un día Jacques, por fin, vio todo claro, estalló y huyó. Hizo lo que podría haber hecho desde el primer día. Una mañana en la que John había salido de compras, rompió una ventana con una botella de vodka, se llevó mil dólares que John tenía escondidos en el doble fondo de un sillón roto, tomó un abrigo de ante y su pasaporte. No lo dudó. Eligió París como destino y desde allí voló a Niza. Fue al palacio de sus padres a quienes les había perdido la pista desde sus días en el sur de América. Corrió al cuarto de su madre mientras se cruzaba con su hermanos que intentaban abrazarlo pero él se escurría, impulsado por una fuerza de superhéroe. Su madre estaba allí, como esperándolo, y al verlo, se emocionó: su mandíbula tembló y sus ojos se llenaron de rubor. Jacques le estudió la cara. Estaba vieja —arrugada, carnes flácidas y piel seca— y olía rancio. El lunar del mentón se había convertido en verruga. Los rasgos siniestros de los años. La madre vio a Jacques y lloró, larga y sórdidamente pero nunca mencionó la palabra perdón. Jacques se acercó en silencio, estuvo unos segundos de pie frente a ella y luego la abrazó. Sollozaron juntos y abrazados durante cuatro minutos. Definitivamente el amor era un dolor. Durante el minuto restante, Jacques le puso las manos en el cuello y apretó. Los ojos de su madre lo miraron sin esperanza y recién cuando ella dejó de respirar y sus mejillas se pusieron violetas, Jacques gritó.

Perras muertas

Olor a palmas, coronas y a cuerpo descompuesto. No era el lugar propicio para retarse a duelo. La nariz de Iris lo percibió apenas entró al cuarto de Helena, un rectángulo descascarado, con poca luz y regado de crisantemos marchitos que se desintegraban en floreros de diseño cubiertos de polvo. Igual lo intentaría. Apenas la vio, Helena asomó la cabeza por entre las sábanas macilentas que cubrían la cama de una plaza en la que descansaba, como si fuese un nicho inmaduro, desde hacía seis meses. La miró por encima y la apuntó con el control remoto de la tevé que estaba apagada.

—¿Por qué viniste?

—Sólo porque me llamaste... ¿O me vas a decir que no te acordás? —le mintió Iris con la voz quebrada.

Iris se crispó por la pregunta y apoyó una de sus abultadas maletas junto a la cama de Helena. Hacía unos meses que habían pactado el encuentro y la pregunta de Helena, pretendiendo sacar ventaja, la irritó. Con la mano suelta trató de acomodarse el pelo y de disimular la grasa que se le había acumulado después de más de once horas de vuelo en sus cachetes mofletudos y con rancias marcas de acné. Iris era muy fea y no había manera de disimularlo.

—No... no me acuerdo... —replicó Helena—. Bueno... No voy a mentirte... Estoy segura de que no te llamé. Ya sabes, me deprime que me vean así.

—Siempre la misma hinchapelotas... ¿Querés que te ruegue? Esta ciudad me harta —le contestó Iris, dispuesta a refrescarle el pacto.

Por lo demás, no le mentía. Madrid la fastidiaba. Siempre igual: puro jamón, marcha, bacalao, éxtasis y tipos que no la cojían.

—Todo esto sigue igual —siguió Iris traduciendo simultáneamente su pensamiento—. No aguanto una ciudad donde los tipos ni te miran. Como si te hicieran un favor... Además, ¿vos crees que me divierte ver cómo estás?

Iris encaró a Helena con devastadora sinceridad, mientras trataba de ocultar su horror al recorrer de arriba a abajo el cuerpo casi inanimado de su amiga. No se lo esperaba y por un momento pensó en echarse atrás. Sus ojos secos, su boca sin gracia, el pelo desgredado y esa piel flácida y pálida que envolvía unos huesos que parecían a punto de desintegrarse. No quedaba nada de la mujer que le cortaba la respiración a cualquier hombre. Por otros motivos, esta vez fue Iris la que se quedó sin aire. Se recobró enseguida y tomó sus maletas, como para irse.

—A vos no te mira nadie. Si no estás ni para un favor... —la sacudió Helena.

—¿Cómo...?! —empezó a balbucear Iris con las maletas suspendidas en el aire. No se quedaría.

—No te vayas —suplicó Helena, interrumpiéndola.

—Entonces, ¿te acordás? —indagó Iris, subiendo por primera vez la voz y dejando traslucir tanto sus nervios como su deseo de estar a miles de kilómetros de esa cama de moribunda, aunque tuviera que traicionar.

—Sí. ¿Podés quedarte? —se atrevió a preguntar Helena, abrazándose a la almohada.

—Depende... ¿Cuánto tiempo?

—Hasta que me muera —respondió Helena, concluyente y sin pena.

—¿Y cuánto tiempo calculas?

Iris contestó sin que le temblara nada, pero apenas sabía que su amiga podía morir de un cáncer a menos que hicieran algo. La enfermedad le había carcomido primero los pechos y luego el vientre y ahora la devoraba, matando cada una de sus células.

—¿Acaso tenés algo mejor que hacer?

—Como mejor... siempre podría encontrar algo mejor que esto. No estoy tan arruinada. En cualquier momento puedo arrepentirme. Y, está claro, vos también.

—Necesito que te quedes hasta ese día. Pronto... va a ser pronto. No te preocupes... ¿Sí o no?

—A vos no hay quién te entienda... Primero decís que no te acordás de nada y ahora, por poco, me besas los pies...

—No hagas tiempo. Al final, te encantaba la idea de irte y de sentirte desairada.

Iris lo dejó pasar, miró para otro lado y recordó fugazmente el día que Helena cumplió los veinticinco, muchos años atrás, cuando todavía eran jóvenes y prepotentes. Lo habían festejado haciendo fiaca en la cama de Helena que se había comprado para la ocasión unas inolvidables sábanas de raso negro. Se habían tanteado desnudas durante toda la tarde y por la noche habían alquilado un muchacho al que le pagaron para que las besase enteras, sin penetrarlas, y luego le dieron una propina generosa para que las mirase meterse los dedos en la vulva carnosa de sus diabólicos pubis. El rugido desgarrado de Helena la sacó de su ensimismamiento.

—¿Podes quedarte?

—Bueno... —bufó Iris, empapada en sudor.

Volvió a dejar sus maletas sobre el piso y luego acarició el pelo de su amiga como si fuese el de un cadáver.

—No me toques. Todavía, no —musitó Helena con un hilo de voz que parecía cortarse con el mismo filo de la tensión que rondaba entre ellas.

—Como quieras —se resignó Iris—. Voy a desempacar. Mañana es mi cumpleaños.

Iris cumplía treinta y ocho. Estaba más cerca de los cuarenta que de los veinticinco. Una idea que le resultaba intolerable. Había decidido festejarlo junto a su amiga que se pudría sola en su cama. Como tiempo atrás, una cama iba a ser parte de un aniversario, pero ya no habría ni besos, ni caricias ni testigos. Sólo una piedad infinita y un dolor disimulado. Ella también se sentía cerca de la muerte pero no tenía ninguna razón para esperarla.

—¿Cuántos cumplís? —le preguntó Helena, empeñándose en volver a arrancarla de sus pensamientos.

—Cuatro menos que vos, como siempre. ¿Cada año me vas a preguntar lo mismo? —retrucó Iris, con cinismo.

—No tenés cuatro menos... Dadas las circunstancias, podrías dejarte de joder y decirme de una vez cuántos tenés.

—¿Vos cuántos querés que pongan en tu lápida?

—Treinta y cinco.

—Je... Entonces voy a cumplir treinta y uno... pero, Helena, cada vez es más ridículo seguir mintiendo.

—Los años no se te notan. Al final, esa artillería de cremas que usas te está dando resultados. Tenés una luz distinta... Tendrías que verte.

—Me veo... Me miro bastante al espejo... Y te confieso algo... No son las cremas... Finalmente me hice el lifting.

Iris había convencido a todo el mundo de que se había tomado unas vacaciones en Cartagena para calmar el abandono de su último novio, un motoquero de veintitrés años que se había ido tras los pezones firmes, las nalgas duras y la piel sin arrugas de una denta de dieciocho.

—¿De verdad? Y no me contaste nada.

—A nadie... Lo del viaje a Cartagena fue una truchada... Estaba en mi casa, vendada, esperando que se me pasase la hinchazón. Un toque, una refrescadita sutil, ¿sabes? Después de los cuarenta, todo puede complicarse.

—A mí me hubiese encantado hacerme la boca. Ahora sería al pedo. Decíme, ¿quién me va a querer besar? —Helena hizo una pausa, se mordió el labio donde ya estaba lastimado y se quedó mirando la pared de enfrente, como si estuviese volviendo a saborear los mejores besos de su vida. Iris la miró y le dio la razón, aun más cuando cayó en la cuenta de que hacía media hora que había llegado y no la había besado.

—Me duele el pecho... —se quejó Helena—. ¿Me podes alcanzar las pastillas rosas que están sobre la mesa de luz?

—¿No tenés fuerza para agarrarlas sola? —le contestó Iris en un primer intento.

—No, Iris, si te lo estoy pidiendo es que apenas puedo estirar el brazo.

Iris se acercó a la mesa de luz y tomó las pastillas y luego fue hasta la cocina a buscar un vaso y un agua mineral. No encontró botellas por ninguna parte. Llenó el vaso con agua de la canilla y volvió al cuarto pensando en el abandono de Helena que nunca tomaba agua si no provenía de exclusivos manantiales franceses. Pero eso no la preocupaba tanto como una duda que la aquejaba desde que eran amigas. Helena, inexplicablemente, nunca la había invitado a tomar el té y esas reuniones en su piso de Buenos Aires eran exclusivas, prestigiosas e inolvidables, según contaban los que habían tenido la fortuna de asistir. Iris hubiese dado cualquier cosa por estar alguna vez allí.

— Decíme —le largó, mientras le acomodaba la almohada para que tomara la pastilla—, ¿por qué nunca me invitaste a tomar el té? Siempre hablábamos de noche.

—Todavía seguís jodiendo con eso... —le contestó Helena y empezó a toser.

La pastilla se le atragantó hasta ponerla morada. Iris se asustó y le abrió la boca. Todavía no era tiempo, pensó, y le metió los dedos en la garganta hasta que consiguió que la escupiera. Cuando Helena se recuperó empezó un monótono delirio y dejó la pregunta de Iris sin respuesta y ya sería para siempre.

—El minuto final... No quiero exhibirlo ante cualquiera pero tampoco me animo a atravesarlo sola... Cada vez estoy más convencida de que es algo íntimo, pudoroso...

—¿Por qué yo? —la cortó Iris.

—Probablemente lo haga para joderte —contestó Helena sin delirar—. ¿Quién se atrevería a decirme que no?

—No te creas, puedo irme en cualquier momento. ¿Y qué esperas que haga? No es una situación fácil...

—Sólo espero que no llores.

—Si se trata de eso... No tenés que preocuparte... Dejé de llorar hace más o menos... cuatro años.

—Yo creía que más. Hace más de quince que nos conocemos y nunca te vi soltar una lágrima. Siempre me pareciste mala, siempre te tuve un poco de miedo.

—Entonces estoy aquí porque esperas que te haga sufrir, que te regale algún dolor gratuito.

—No. Tu maldad me da confianza, me hace fuerte. ¿Exactamente cuándo dejaste de llorar? A mí me resulta imposible.

Entonces Iris le contó que semejante cosa había ocurrido cuando cantó por primera y última vez *La vie en rose*. Había sido en un karaoke en Normandía cuando había ido a visitar a un amigo a París y decidieron pasar la Navidad en la playa. Fueron al Mar del Norte y hacía un frío de muerte. El lugar era despiadadamente aburrido de modo que la noche anterior a la Nochebuena salieron a emborracharse en el único bar abierto que estaba lleno de lugareños. Iris nunca había hablado francés pero después de la tercera copa ya estaba haciendo coros. Un gordo la arrinconó en un baño y se la puso por atrás y ésa fue su primera vez por el culo. Iris lo recordaba como algo divertido. Por un minuto llegó a creer que ese hombre podía ser el amor de su vida pero después el gordo desapareció y se puso a llorar. Ni siquiera a ese provinciano parecía importarle algo. Iris sentía que los hombres se le escurrían como si estuviese floja de vientre. Siguió llorando, con su amigo acurrucándola contra la barra del bar cuando ya no quedaba nadie. Lloró tanto, por lo pasado, por lo por venir y por ese momento tan ejemplar de su patetismo y dijo tantas cosas sobre su vida, todas las que la hicieron sentir bien desgraciada, como si nunca hubiese vivido una alegría o conocido algo parecido a la felicidad. Lo peor es que llegó a la conclusión de que así había sido y no veía que pudiese cambiar. Estar en pedo le dio una peligrosa lucidez.

Ese día cambió todo —concluyó Iris—. Y me dejé de joder, de quejarme, de llorar y sobre todo de esperar. Sigo flotando.

Dijo *flotando* con los ojos apretados para contener las lágrimas y para no mostrarle a su amiga que le estaba mintiendo porque desde aquella noche, cada vez se conmovía más y lloraba casi por cualquier cosa. Envejecer la estaba dotando de una inesperada sensibilidad.

—Sos un poco básica —la agredió Helena—. No llorar no significa sufrir menos. ¿O me vas a decir que dejaste de sufrir? No lo creo... pero qué me importa... Oíme, Iris, creo que es tiempo de que me digas la verdad.

Iris se puso tensa. Iba a tener que encararlo. Imaginaba lo que su amiga podría preguntar a continuación y en ese preciso momento empezaría a ocurrir aquello para lo que había

venido.

—Siempre quise saberlo: ¿nunca te acostaste con él?

—No.

—No te creo.

—No puedo hacer nada contra eso.

—Pero yo sé que te gustaba.

—No me gustaba.

—No parecía.

Iris se había acostado varias veces con el marido de Helena, ella estaba segura de que habían sido menos de diez. Los había unido una compulsión bestial. Nunca lo hicieron sobre una cama —bordes de bañaderas, el vestidor de Helena, el lavadero, bajo la sombrilla del jardín de invierno, eran los lugares que ahora le venían a la mente— y nunca se encontraron especialmente para hacerlo. Todo ocurría en la casa de Helena, duraba pocos minutos, y después cada uno se recomponía y jamás hablaban del asunto. Una regla tácita que Iris nunca supo bien cómo pudieron mantener. Esos encuentros terminaron cuando Iris decidió que ya habían sido suficientes. No encontró resistencia, aunque le hubiese gustado, y la vida siguió siendo como siempre. De todos modos, nunca pudo decírselo a su amiga y su pregunta en ese momento la llenó de culpas que sólo podría liberar de un modo.

—Siempre fuiste una paranoica y seguís siéndolo —la acusó.

—Paranoica no...

—Igual ése no es el punto.

—¿Y cuál es el punto?

—Que no me pasé la vida pendiente de vos ni queriendo lo que vos querías... Además, siempre me pregunté cómo podía gustarte un tipo como él. ¿O te gustaba su plata?

—Así que siempre te preguntaste eso y nunca me lo dijiste.

—No lo pensé... Me parecía demasiado jodido como para animarme a pensarlo. Por él, no por vos... Pero a veces me venía la idea... como una ráfaga.

—Siempre estuve enamorada... Me ofende lo que me decís.

—Bué, Helena, con él a lo mejor fue distinto, pero recuerdo perfectamente tu olfato para dejar de amarlos en el segundo exacto en que te enterabas de que estaban quebrados.

—Coincidencias. Nunca lo pensé así. La plata jamás me importó. Ya sabes que soy rica. Nunca tuve problemas de dinero.

Iris estaba muy fastidiada y consideraba con vehemencia la posibilidad de irse, de dejarlo todo trunco. Helena con su arrogancia era capaz de succionar toda su paciencia, consiguiendo que su frágil y culposa piedad se evaporase inmediatamente.

—¿Y por qué no te pagas una enfermera para que contemple tu último minuto? —le arrojó sin ninguna consideración.

—Sos una guacha. Sabes que no sería lo mismo. ¿Cómo me vas a decir eso?

—Porque te pones muy pesada. El sí se quedó por tu plata, ¿sabes?

—Me vine a morir tan lejos para sentirme menos abandonada. La distancia, el océano de por medio, me hacen justificar su ausencia.

—Te mentí.

—¿Cómo?

—Con lo de la enfermera, perdóname.

—Está bien. Yo también a veces soy medio bestia... Vos y él... ¡Qué locura! Si ni el gordito francés pudo... Perdón, no quise decir...

—Sí, fue una locura —la cortó Iris—. Pero no pudimos evitarlo. A lo mejor también tendría que pedirte perdón por eso. ¿Pero quién tiene la culpa de enamorarse? —le mintió Iris para joderla.

—¿Amor? No me vengas a hablar de amor... vos matarías hasta a tu madre por una pija. ¿Lo emborrachaste para conseguirlo? Porque él nunca se hubiese animado a ponerte un dedo encima.

—Estás equivocada. Me puso más que un dedo. Y te recuerdo: la borrachera era su estado natural.

—Pero él me quiere a mí, lo sé... Yo fui la mujer de su vida... Todo lo demás, una mierda.

—No me digas. ¿Y por eso te deja acá tirada si sabe que te estás muriendo?

—El es más grande que todo esto... no soporta lo que me pasa... no soporta verme así.

—¡Qué flor de huevos, no! ¿Y a quién le gusta lo que pasa?

—A vos te da morbo. Por eso viniste. ¿Fue antes o después de que dejaras de llorar?

—Después... pero con él todo fue excepcional. Logró que llorara durante tres días seguidos. La primera vez vos estabas en la cocina, preparándole un tostado. Siempre estabas por ahí. No sé cómo no hiciste nada.

—Ahora voy a hacer, ya lo sabes —le contestó Helena.

Sus ojos se hincharon de sangre mientras se arrojaba contra su amiga con un cuchillo de mermelada que había manoteado de la mesa de luz. Tuvo tanta suerte que se lo clavó en el cuello con fuerza y un chorro de sangre empezó a desvanecer a Iris.

—Era apenas otro hombre, no sé si vale la pena —se resignó Iris, mientras se palpaba el cuello y miraba alrededor de la habitación para encontrar algo que la ayudara a defenderse. Helena se le había adelantado, rompiendo el pacto. Encontró un corpiño.

—Si hubiese tenido uno de carne, te juro que todo habría sido más rápido. Pero la carótida es infalible y no hay torniquete posible. Y no era otro hombre, era el hombre que yo había elegido para mí.

—Acordáte cuando cumpliste los veinticinco. Éramos amigas. Siempre nos quisimos.

—Se te está acabando el tiempo —retrucó Helena.

—A vos también. Estamos juntas también en esto.

Y con un resto de fuerza que quién sabe de dónde sacó, probablemente de su resentimien-

to, Iris se tiró encima de su amiga y empezó a ahorcarla con el corpiño. Helena no pudo defenderse y empezó a ponerse morada.

—¿Helena? —preguntó Iris tendida sobre la cama, boca arriba y con el cuerpo bañado de sangre.

—¿Iris? ¿El último minuto? —confirmó Helena y luego una espuma blanca comenzó a ahogarla.

—El último minuto se está terminando para las dos... cincuenta y nueve... sesenta —murmuró y le salió una voz imperceptible y frágil, más débil que un susurro.

Iris cerró la boca y clavó su mirada final y vidriosa en el techo en el mismo momento en que el corazón de Helena se detuvo y, probablemente, estalló de dolor. Fue un duelo sin testigos porque ellas así lo quisieron y desde que se encontraron esa tarde, supieron cómo terminarían. El resto fue hacer tiempo. A ellas también la muerte les daba miedo por eso pactaron abrazarse para encontrarla.

Eutanasia

Homicidio múltiple por mala praxis. Así caratularon mi causa. Cadena perpetua sin atenuantes por buena conducta. Esa fue la condena. No hubo abogados que quisieran defenderme. Tampoco busqué a muchos. Apenas a un compañero de la secundaria y a un conocido con el que años atrás, junto con otros que apenas recuerdo, había alquilado una quinta a dos horas de la ciudad. Tuve que conformarme con el de oficio que, desde el principio, censuró mi proceder y durante todo el juicio complotó con el fiscal. Aunque no me declaré ni culpable ni inocente, esas categorías no podían describir la calidad de mis acciones, era un alivio pensar que iba a pasarme el resto de mi vida encerrada: techo, comida y destino asegurados. El desenlace fue muy rápido y todo se precipitó cuando opté por el silencio o, más bien, por un ambiguo balbuceo.

Me negué a declarar y mucho menos a buscar atenuantes, pero ahora voy a contarlo todo.

Cada uno de mis pacientes, sin excepción, había tenido tendencias suicidas. Esa era mi especialidad. Cuando me recibí con diploma de honor en la mejor y más cara universidad privada, me tracé como objetivo combatir la armadura de sufrimiento con la que muchos eligen caminar por la vida. Fui una profesional exitosa. No era sólo el dinero, mis pacientes amortiguaban su dolor después de diez sesiones conmigo. Alivio garantizado por menos de mil dólares. Si algo marcaba una diferencia entre mi trabajo y el de otros colegas, era que yo podía convencer a cualquiera de que la vida, siempre y bajo cualquier circunstancia, valía la pena. Era mi apuesta y jamás fallé. Logré sembrar entusiasmo allí donde parecía que sólo podía crecer, como un yuyo salvaje y asfixiante, la desesperación. No era religiosa ni vendía la vida como inversión para una parcela de algún tipo incierto de paraíso. Sólo lograba que mis pacientes recuperaran el amor por ellos mismos, eso sí, sin fanatismos, y que aceptaran la medida de su vida con toda la dignidad y la fuerza que les fuera posible. Recién cuando ataba ese cabo suelto, podía trabajar con ellos en todo lo demás. Según el caso, dificultades con la emocionalidad, la vida cotidiana, el trabajo, los padres, los deseos incumplidos, los hijos, las necesidades insatisfechas, en fin, la vida misma una vez que se acepta vivirla. Y funcionaba. No era en absoluto conciente de cómo lo hacía, pero sus vidas se convertían en tramos más amables que a veces conocían trechos de felicidad.

No sé cómo fui tan atrevida porque desde muy chiquita estuve convencida de que vivir carecía completamente de sentido. Con descaro, engañé a mis pacientes, eso sí, sin malas intenciones, y con la velada esperanza de que las palabras que les entregaba y ellos digerían como una salvación, se convirtieran para mí en un inapelable justificativo para el involuntario trabajo de los pulmones, el acto vital y bendito de respirar. Tanta tenacidad no podía durar mucho. Yo también lo sabía, pero cuando ocurrió, no hice nada para frenarlo.

Creo que ocurrió en el tercer mes de un año que ya no recuerdo cuál fue, cuando recién empezaba un otoño que arrastraba un calor inusual y pegajoso, ya empezó a no resultarme sencillo mi arduo trabajo de convencimiento. Estaba fastidiada. Había vuelto a ser una nena aterrada por la complicada tarea de vivir. Mi hijo mayor empezaba la escuela primaria y el menor había abandonado la teta. Mi segundo marido, padre de los chicos, estaba en uno de esos viajes a Londres desde donde contrabandeaba ropa. Mi familia había dejado de conmoverme y si bien les seguía organizando la vida cotidiana, podrían haber baleado a mis hijos o acuchillado a mi marido que no me hubiese alterado porque sabía que, cuando quisiera, podría acompañarlos sin esfuerzo en ese destino. Sin embargo, seguía pagando los impuestos, cocinando tortas, preparando hamburguesas caseras y todo tipo de manjares plagiados de mis innumerables libros de recetas exóticas que, desde la adolescencia, coleccionaba. Elegía accesorios para embellecer mi casa, compraba perfumes para cautivar con el olor de mi piel, hacía el amor con frecuencia, respetaba una rutina aeróbica de media hora cada tres días, asistía dos veces por semana a un seminario de postgrado sobre

Supervivencia en el fin de siglo, concurría a la peluquería una vez por semana y me actualizaba en las librerías especializadas cuando salía de hacerme las manos, trataba de no perderme ningún estreno cinematográfico y dos veces al día sacaba a pasear a mi perro. Todo era igual de importante. Lo fundamental era mantenerme ocupada y llenar mis días y, completamente, desde que me levantaba hasta que me acostaba.

Apostaría que fue a finales de marzo cuando algo en mí cambió de un modo que ya no podría controlar. Insisto, tampoco quise. Encontré que el dolor de mis pacientes por fin se instalaba en mi cuerpo y cuando empecé a sentirlo, supe que no tenía derecho a ninguna refutación. Mis palabras y estrategias me parecieron completamente inadecuadas, prácticamente inmorales. Todo ocurrió a lo largo de esa breve tarde en la que quién sabe por qué conjura, mis pacientes parecieron haberse completado y todos llegaban, uno tras otro, con un relato puntilloso y justificado de su futura e infalible escena suicida. Cada uno defendía el derecho a la autodestrucción. ¿Acaso no era una manera de adueñarse de la propia vida? Parecían ensañados y yo también empecé a ensañarme. En efecto, y ya no había caso, me repetía, la vida carecía de sentido.

Juan L. llegó, como siempre, quince minutos antes. Tocó el timbre y, precavida, confirmé que era él a través de la mirilla. Vi cómo empezó a comerse las uñas hasta que le salió sangre. Lo hice esperar aunque Juan L. no sacaba del timbre la mano que no se mordía. Si yo hubiese querido —y además no quería— tampoco habría podido. Estaba envuelta en una toalla, recién salida de la ducha, y con la máscara antiarrugas todavía trabajando sobre mi rostro. A su hora exacta le abrí la puerta vestida como siempre solía lucir en mis sesiones — con un vestido blanco que brillaba hasta lastimar los ojos— y me siguió en silencio por el pasillo. Yo no tenía ganas de mirarlo. Por eso recién cuando entró al consultorio noté que tenía la camisa blanca salpicada como el delantal de un carnicero. No me dio impresión pero sí asco. Tuve que contener la arcada y pensé si no hubiese valido la pena vomitarle en la cara, para que se despabilara y dejara de mirar al mundo con esos ojos perdedores y asustados. Apenas entró, pasó por alto mi mirada de disgusto y se tiró en el diván como si fuese un salvavidas. No pregunté nada y esperé a que él hablara. Tomé una lima y empecé a contonearme la uñas para que me quedaran cuadradas, era lo último, según *Cosmopolitan*.

—Ayer no dormí en toda la noche —empezó Juan L.—. Otra vez tuve insomnio. Me tomé tres pastillas y nada. Di vueltas por todos los cables. Enganché la primera película de Madonna, una que transcurre en Shangai. ¿La conoce?

Negué con la *cabeza* y por dentro insulté a mi amigo del laboratorio que me había dado un buen dinero a cambio de que recetara sus hipnóticos. No tenía problemas en aceptar el soborno, pero si las pastillas no causaban los efectos esperados, no valía la pena el riesgo. Finalmente el dinero no era tanto. Juan L. siguió hablando, sin darse cuenta del sonido constante de la lima.

—Nunca voy a poder levantarme una mina como Madonna, nunca me va a querer ninguna mujer...

—Juan, entre Madonna y las otras mujeres tiene muchas opciones. ¿No se estará empecinando con un afiche?

—Mire, yo ya cumplí los treinta y ocho... Tengo una casa en el centro, otra en un country, dos autos, una cuenta bancaria, soy generoso... Hago fierros, no soy el hombre más lindo de la tierra, es cierto... pero tampoco el más feo... Pero no puedo con ninguna, ni una vez en mi vida pude sin dinero de por medio.

—Tampoco lo intenta. Eso ya lo vimos. Usted vale más que un puñado de billetes.

—No... No sé... No valgo... ¿Usted sabe lo que es levantarse cada mañana con toda esa impotencia?

Aproveché su pregunta para dar por terminada la sesión. Juan L. protestó, estaba muy deprimido y sentía que yo no lo había ayudado. Lo despedí diciéndole que no se reprimiera ni que dejara de hacer nada que le proporcionase algo de calma y cerré definitivamente lo que sería nuestro último encuentro con una afirmación.

—Si usted cree que no vale la pena levantarse, no lo haga.

Juan L. tenía razón, la vida sin amor era tan leve como insoportable. Cuando cerré la puerta, su voz acongojada me juró que se cortarían las venas. No le dije nada. Ya se habían agotado su tiempo y mis argumentos.

Marcela T. llegó a los diez minutos. Llevaba puestas unas gafas oscuras y se había dibujado con torpeza un lunar en el mentón. Marcela T. tenía catorce años y su madre la había violado metiéndole el puño izquierdo en la vagina cuando Marcela T. todavía no había cumplido los doce. La había obligado a que la besase en la boca y a que le mordiera los pezones. La madre de Marcela T. lo hacía con frecuencia desde entonces. Su padre no había logrado que un juez le diera la tenencia. Algo que nunca pude explicarme. Marcela T. venía a mi consultorio desde la semana posterior a la vejación y cada vez le resultaba más difícil soportar la rutina de los abusos maternos. Marcela T. me contó que esa misma mañana había vuelto a ocurrir y que, por primera vez, lo había disfrutado. Estaba asustada de sus propios actos y de esa dependencia que, presumía, estaba comenzando a sentir. Sólo quería dormir y olvidarse.

—Soy una chica aberrante —gimió antes de irse.

Marcela T. se levantó y empezó a irse sin mirarme. De repente se dio vuelta, se quitó las gafas y, seduciéndome con sus ojos desprotegidos, me exigió que la ayudara. Le palmeé la espalda y también usé mis ojos para prometerle ayuda. Entendía su sufrimiento. Ya se estaba convirtiendo en una mujer.

Jorge S. llegó tarde y apenas se disculpó. Se sentó en el borde del diván frente a mí, con el torso inclinado hacia adelante y las manos cruzadas entre las piernas, y volvió a suplicarme —hacía más de un año que lo venía haciendo— que aceptara una nueva postergación en el pago de las sesiones. Me debía exactamente nueve mil seiscientos pesos. Hacía dos años que no trabajaba y estaba harto de sentirse afuera de todo. En realidad el estar afuera no era una sensación sino una realidad. Lo habían echado de su nuevo trabajo —repartía volantes para una rotisería aunque había regenteado un restaurant durante diez años—; su mujer se había ido con un hombre que podía mantenerla y sus hijos vivían con sus abuelos maternos en Chivilcoy donde, por lo menos, esgrimía Jorge S., no les faltaba un plato de comida. Jorge S. estaba desesperado y era muy difícil sacarlo de ese estado.

—Otra vez volví a pensar lo peor... No tengo ni para cargar el revólver... Una terraza... ¿qué le parece una terraza?

—Depende —le contesté y, angustiada por su relato y por mis propias deudas, le tuve que decir que no podía seguir demorando sus pagos.

Supé que le estaba mintiendo. Jorge S. pronto no iba a tener que preocuparse ni por sus deudas ni por su marginalidad.

Más tarde vino Sandra L. y volvió a actuar me su escena del ahorcado; Rodolfo O. se despachó con la novedad de una receta infalible: una inyección de aire en las venas. Leticia H. también se recostó en mi diván esa tarde y aportó el relato minucioso de su posible descuartizamiento por las ruedas de un tren. Me dejaron mensajes en el contestador Héctor C. con la idea de empaparse de nafta y arrojarse un fósforo al ombligo; Estela M. se puso literaria y se despidió desde la terminal de ómnibus, donde se tomaría un micro que la dejaría en el mar, donde pensaba internarse desnuda, llevándose con ella sólo el anillo que le había regalado el último hombre que la había abandonado.

Al terminar el día, ya sabía lo que tenía que hacer. Llamé a mi amigo del laboratorio y, a cambio de denunciarlo por el efecto contraproducente de los hipnóticos que distribuía, le pedí un favor. Me lo hizo. A la mañana siguiente ya tenía lo que necesitaba.

Les mandé por correo a cada uno de mis pacientes de esa calurosa tarde de marzo una pastilla de cianuro. Todos se las tomaron y, en las cartas a los respectivos jueces, me ensalzaron con condenatorias palabras de agradecimiento.

Vino el juicio, la condena y la cárcel. Me reservé una píldora mortífera que logré esconder de mis guardas encapsulándola entre mis esfínteres. Durante unos pocos días pensé en tomarla pero todas esas muertes lograron lo que no pudieron las numerosas teorías sobre el comportamiento humano que devoré a lo largo de mi vida. Como las personas más bajas y torturadas, necesité el sacrificio ajeno para entenderlo. Entre esas rejas oxidadas y esas traqueteadas paredes con pintura vieja, lo confirmé: la vida es hermosa pero ellos no se la merecían. Me desesperé. Era tarde para cambiarlo todo. Me había rehusado irrevocablemente a apelar mi sentencia. Me puse a gritar, con el grito más agudo que salió de mi garganta premeditada, hasta que logré que me llevaran a la enfermería. Me inyectaron litros mortales de tranquilizantes, me extrajeron la pastilla de la cola y cuando nadie los veía me la metieron en la boca y no tuve tiempo de nada, ni de decirles que ya pensaba distinto. Ahora estoy muerta y no existe, ya lo sé, la resurrección de la carne.

Knock out

Iba a ser una gran cita. Nora creyó saberlo desde que conoció al Chueco aquel bendito jueves santo en la inauguración de una muestra de fotografías de una imitadora de Diane Arbus. El Chueco tenía las mejores piernas que Nora jamás había visto. Sus amigos de la adolescencia empezaron a llamarlo "el chueco" desde que sus piernitas de tero se convirtieron, gracias al tenaz trabajo en el cuadrilátero, en el motor de la envidia masculina más páfida y de los suspiros de mujer más ahogados. Nora vio esas piernas y soñó con ser su víctima, o para ser justos, su beneficiaria. No había en el mundo nada que la excitara más que esa idea: recibir unos buenos golpes, y mucho más si éstos eran provocados por un hombre bien formado y con el entrenamiento adecuado. Su sueño de toda la vida: golpes verdaderos, golpes profesionales. Eso sí. Nada de sangre: apenas el paisaje morado y sin simetría de su piel cubierta de moretones y alguna que otra hinchazón ocasional y sin mayores consecuencias. Y allí, en el medio de esa multitud de amigos viejos, encontró al Chueco, el hombre con el que trataría de cancelar su ilusión incumplida. Ella sabía que Dios no la había abandonado totalmente.

Nora se había acostumbrado a los golpes. Los había visto, y también recibido, desde chiquita, cuando su padre zarandeaba a su madre por motivos inexplicables o cuando se ensañaba con ella o con alguno de sus hermanos por algún gesto que él, y sólo él, consideraba inoportuno. Nora siempre se defendía de su padre de un modo que ya anticipaba la mujer en la que iba a convertirse. Luego de uno de esos puñetazos infantiles, solía desafiarse con una frase premeditada: "No me dolió", y esa mezcla de palabras servía como un freno inmediato a la golpiza, como si el no hacerle daño ya le restara importancia a todo ese despliegue de choques piel contra piel. Lo de Nora no era sólo estrategia, era el enunciado de la verdad más desnuda. Esos golpes no le dolían y, porque no le dolían, la desilusionaban. Su padre no era la clase de tipo del que ella hubiese podido sentirse orgullosa. Lo que finalmente hacía no tenía la contundencia feroz de sus amagues. A veces vociferaba hasta hacer temblar los vidrios de las ventanas del patio, otras levantaba una banqueta de la cocina y la empuñaba como un arma, otras tantas sacudía el cinturón como si fuese un porfiado rebenque y luego de dar un tímido golpe, generalmente en la cara, gemía solo, errando por la casa, avergonzado por su cobardía. Por eso Nora, después de penosos años de terapia, supo que se pasaría la vida buscando al hombre que pudiera juntar sus dichos con sus hechos. Por lo mismo, cuando aquella noche conoció al Chueco y algunos amigos comunes le contaron su trayectoria, Nora lo saboreó y le sumó un dato. En apenas una hora, se transmitiría en directo la pelea de Tyson-Holyfield. Buen augurio. Todo sonaba auspicioso y por eso se decidió. Se acercó al Chueco por atrás, le alcanzó una lata de cerveza, la que sponsoraba la muestra, y tocándole sutilmente el bíceps derecho, se la ofreció. El Chueco, en ese momento, estaba mirando la foto en blanco y negro de un hombre viejo con las carnes colgantes, llenas de pliegues, que amenazaba a la cámara esgrimiendo un par de guantes de boxeo gastados. Nora se iluminó. Ya no tenía ninguna duda. Le quedaba una hora para seducir al Chueco y llevárselo a su cama, prender el televisor de veinte pulgadas y ofrecerle su cuerpo para que le hiciera el amor con la pelea de Tyson como fondo y sobre todo con el chasquido de los guantes rebotando contra los cuerpos engrasados de cada uno de los rivales. Ya vería de qué modo resolvería lo de los golpes y, sobre todo, lo del dolor.

El Chueco resultó un hombre fácil y de pocas palabras. Luego de tomarse la lata de dos sorbos, recorrió junto a Nora el resto de las fotos y a lo largo del circuito se tomó cuatro cervezas más y terminó pasado de alcohol. A ninguno de los dos, la muestra le interesaba demasiado. Enseguida le propuso a Nora irse juntos a seguir bebiendo en otro lado. No era para menos. Nora llevaba puesta una minifalda que dejaba al descubierto sus piernas largas

y perfectas —ella también tenía un buen par— y era dueña de una cara digna de una diosa griega. Un sensual lunar en el entrecejo, dibujado con un pulso envidiable y temerario, iluminaba su rostro y lo hacía poseedor de una exótica belleza. Nora olía a campo —a flores, no a mierda de vaca— y toda esa mezcla cautivó al Chueco que, salvo sus piernas, era un hombre al que muchos podrían tildar de feo. Lo peor estaba en su sonrisa, dibujada por unos labios finitos que cuando se abrían dejaban al descubierto una fila de dientes con manchas marrones, espesas e inquietantes. Su piel estaba lejos de parecer terciopelo, especialmente en la zona de la cara, cubierta de pequeños pozos y puntos negros. Sus ojos eran chiquitos, es verdad, pero destilaban una mirada amenazante. Tenía una buena cola, probablemente trabajada junto a sus piernas entre los aparatos de un gimnasio.

Nora y el Chueco salieron de la muestra y entraron al primer bar que encontraron. Se sentaron en la barra y apenas les sirvieron sus tragos, el Chueco avanzó sobre la entrepierna de Nora más de lo recomendable en las fronteras de la barra de un bar. Ante semejantes circunstancias, Nora lo invitó a su casa. Ya faltaban quince minutos para que comenzara la pelea. El auto del Chueco pinchó un neumático en el medio del camino y lo dejaron tirado. Estaban cada vez más excitados y llegar a lo de Nora se había convertido para ambos en una urgencia imprevista. Cuando Nora puso la llave en su puerta, el primer round llegaba a su fin. Nora condujo al Chueco, sin escalas, hasta su habitación. Prendió la tele y empezaron a desvestirse con los estertores del segundo round y cuando terminó, ya estaban desvestidos sobre las sábanas blancas estudiándose los cuerpos.

El Chueco fue el que tomó la iniciativa y comenzó a acariciar a Nora con una suavidad que ella desconocía. Tanta ternura la desconcertó y no pudo concentrarse ni disfrutar de las caricias pensando en cómo lograría que el Chueco la sacudiera con el primer golpe. Optó por subir el sonido de la tev y el relato en inglés de la pelea envolvió la habitación como si fuese una música agobiante. Nora creyó que los jadeos del relator podrían funcionar como incentivo pero el Chueco siguió con su plan de caricias. Ya tenía una erección. Rozó la entrepierna de Nora pero todavía no la penetró. Estaba pendiente de sus acciones y en cada una desplegaba una ternura que Nora interpretó como sincera. El Chueco le lamió el cuerpo de la frente a los pies, de atrás y de adelante y Nora, increíblemente, claudicó. Nunca un hombre había sido tan dedicado y entonces se relajó. Agradeció al cielo que el Chueco reservara los golpes para el cuadrilátero y se entregó al placer dulce que le ofrecía. La televisión aturdía porque Tyson iba perdiendo pero Nora ni se enteró, estaba completamente perdida, enredada entre sus propios fluidos y los del Chueco, concentrada en esa nueva sensación de grata desintegración que no recordaba haber sentido jamás. Nora se estaba deshaciendo ante ese hombre, se dejó llevar y rechazó cualquier maniobra propia para provocarse dolor. Hicieron el amor hasta mucho después de que Tyson perdiera en forma bizarra y por puntos. Nora quedó extenuada pero tuvo fuerzas para tomar el control remoto y apagar su aparato de veinte pulgadas. El Chueco la miraba embelesado y ese único segundo colmado por semejante mirada le hizo creer a Nora que tenía derecho a decir lo que pidió a continuación.

—Nunca me acariciaron así. Quédate conmigo para siempre.

—¿De verdad?—contestó, orgulloso, el Chueco— Nunca acaricié así... Y, es lógico... Es la primera vez que lo hago con una mujer.

—¿Cómo la primera vez?

—En serio, Nora. Me gustan los hombres. No me puedo quedar para siempre... Es más —puntualizó mirando su reloj— quedé en encontrarme con Manuel cuando terminara la pelea.

¿Ya debe haber terminado, no?

—Sí... —balbuceó Nora, con la mirada baja, pensando en quién sería Manuel.

Cuando buscó la mirada del Chueco, el Chueco estaba vestido, listo para irse. Nora lo tironeó del pantalón, rogándole que no la abandonara. El Chueco se zafó y con gran calma le agradeció la generosidad con la que lo había tratado pero insistió con una idea, ese momento había sido excepcional y probablemente el último de su especie. Todo había sido maravilloso pero aún así confirmaba su gusto por los de su propio sexo.

Nora lloró y, en su desesperación, cuando el Chueco estaba por alcanzar la puerta, se le interpuso y le pidió que volviera a acariciarla y a lamerla como hacía unos minutos. Se sentía cautiva, quería volver a sentirse deshecha y perdida entre el cuerpo del Chueco pero él, con tensa caballerosidad, se negó. Entonces Nora tomó la llave y se la tragó. El Chueco tuvo que pegarle un golpe seco en la tráquea para lograr que la escupiera. "No me dolió", susurró Nora mientras vomitaba la llave. El Chueco la levantó del piso, abrió la puerta y se escapó. Nora apenas podía creerlo. El Chueco era puto. *En general es lo que pasa con los tipos que parecen valer la pena*, pensó y volvió a su cuarto y se masturbó con un pepino seco, al ritmo de los golpes que empezó a propinarse con un cinturón gastado de cuero negro, un recuerdo de su padre. Lo hizo hasta sangrar y con la primera gota de sangre, acabó.

Los diez sacrilegios

María tiene ocho años. Es una tarde de diciembre y, es raro, pero hace mucho frío. En el sur, en el sur de América, es todavía más extraño porque por aquí durante esos meses los cuerpos chorrean sudor. María no lleva un suéter grueso ni un abrigo, ni nada. Se aguanta el frío. Un vestido blanco de algodón con borlas rosadas contornea su cuerpo. María está muy bonita, más bonita que nunca y éste puede ser el día más feliz de su vida, pero no lo será y cuando lo descubra, ya no habrá inocencia ni vestidos con borlas. Y será para siempre.

Es tiempo de derrumbe. María escupe al cielo y grita su primera maldición. Está envuelta por la bruma roja del cuerpo ensangrentado de sus padres, asesinados por Sebastián, el niño bobo que cobija la iglesia Cristo Redentor, a la que ella y su familia acuden cada domingo para darse la paz entre hermanos y escuchar la homilía del padre Roberto. María ve esos cuerpos y grita y su alarido de dolor resuena como un eco desgarrado entre las montañas que rodean la ruta de asfalto trajinado que une la ciudad donde se levanta su iglesia con los suburbios donde viven sus abuelos a quienes va a visitar. No hay nadie. Es la hora de la siesta. Un sol tibio seca los pocos árboles junto al camino y María se ahoga de frío y de miedo. Acaba de volver de una kermesse navideña que se hizo en el patio de la iglesia, a beneficio de la escuela para chicos autistas, luego de la misa. María ahora está distraída, jugando con su muñeca de cera, y no ve el momento exacto en que Sebastián saca el cáliz de oro y golpea reiterada y mortalmente la nuca sorprendida de su padre, pero sí puede ver la cara de horror de su madre el segundo anterior a recibir el golpe veloz y mortal que le partirá la cabeza. Es en ese momento en el que María grita y el chico bobo, Sebastián, quién sabe si para calmar su dolor o porque se enardece, decide no hundir su arma en la carne joven de María. Ese grito de niña lo conmueve y es él, ahora, el que empieza a llorar. Con los ojos húmedos, le tapa la boca a María, como rogándole que se calle. María, le clava la mirada, que por primera vez se le hiela, en esa frente boba que chorrea sudor y se estira hasta que con una pirueta fingida le muerde las dos manos con furia —primero una, luego la otra— magullándolas con sus dientes de leche. Sebastián se excita y, perdiendo de vista la boca de nena, la toma con fuerza de su pelo largo y moreno y le llena de baba los labios, le arranca su vestido y la bombacha con flores agrestes. La tira desnuda contra el asfalto —todavía están en la ruta precaria— y, por fin, la penetra. María sigue gritando pero su grito cambia de matiz. Ni miedo ni dolor. Un odio infinito le taponan los poros y, de repente, sin explicación, calla y en silencio se arrastra hacia su madre y se cobija en su vientre que no late y se enfría. La sangre del cuello de su madre muerta le chorrea por la mejilla y se mezcla con la que ahora sale, tibia, de su pubis terso. Alguien pasa en una moto y se horroriza. No se detiene. Sebastián, poseído por un deseo que no conocía, le grita a María que quiere que sea suya. *Mía, mía, mía...* aúlla con su lenguaje sordo que María apenas entiende. Forcejea, la domina, la pone de espaldas y es allí cuando ensangrenta su cola y, más tarde, con sus manos de dedos gordos y ásperos y su boca excitada amorata su cuello. Se toma un breve descanso. Muerde de abajo hacia arriba sucesivamente cada una de las piernas de María, usando a veces su boca como una sopapa impiadosa, llega a la vagina y la recorre con su lengua, con sus dedos y su olfato, con una suavidad contradictoria. Cuando con su lengua sórdida y blanda está por terminar de enredarse entre la sangre y la piel sin pelos del bajo vientre de María, el hombre de la moto, que ha vuelto, saca sin sigilo un arma del bolsillo interior de su campera y lo liquida de un tiro, silencioso y certero, en el corazón. Su revólver calibre 32, probablemente comprado a una banda de policías corruptos, no falla. María empieza a levantarse. El hombre de la moto, que todavía ostenta su revólver, trata de ayudarla a incorporarse y la toma de un brazo pero María se suelta. Lo empuja. Le dedica la misma mirada fría que inventó para el bobo, observa con infinito cuidado la moto, como para no olvidarla, y empieza a correr. Corre y corre y nunca más nadie supo a dónde fue a dar con su cuerpo.

María viste un pantalón de vinilo negro que hace juego con una musculosa gris escotada en la espalda que destaca sus omóplatos deliciosamente formados por la fortuna de un buen porte que nunca buscó. Ahora tiene veinte años y una moto idéntica a la del hombre de la carretera al que nunca más vio ni quiso buscar. Sin embargo jamás pudo olvidarlo. No volvió a vestirse de blanco y desarrolló una fobia macabra hacia el color rosado. Desde aquel día, lleva navaja. Ha usado de diferentes modelos y, según la época, fueron aumentando progresivamente en su peligrosidad. Ahora guarda una que reconoce cuatro envergaduras de filos en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Cada vez que María ve a alguien vestido de rosa, le tajea la prenda como una poseída y no se detiene hasta verla destrozada, pero se cuida muy bien de no rozar, ni con un rasguño, la piel del atacado. Después mira a su víctima con los ojos llenos de lágrimas y le pide perdón, asegurándole que el color rosa sólo puede acarrear desdichas. Como en una letanía, cuenta una y otra vez, con las mismas palabras e idéntica precisión, sobre aquella tarde en la ruta precaria, cuando se quedó huérfana y fue violada por su amigo bobo. Agrega, cada vez, que ese día lució su último vestido rosa. Nadie le replica. Debe ser porque su habilidad con la navaja —más que la morosidad de sus dichos— es, sin lugar a dudas, intimidatoria.

Es Navidad y las calles de los barrios ricos tienen intermitentes luces de colores. María reza en la iglesia oscura del padre Roberto, que ahora es del padre Juan, porque el padre Roberto fue asesinado mientras buscaba placer en las bocas ladinas de tres taxi boys de Retiro. Los jóvenes lo mataron de un tiro en la sien y le robaron el rosario y un billete de cien pesos, que luego se supo, era falso.

El padre Juan se acerca y cubre a María su espalda desnuda con una mantilla antigua. María se la arranca y sigue rezando y su oración es un susurro con tono de grito porque sabe que será la última. Lo tiene decidido. Son las diez de la mañana y a las ocho de la noche el plan ya se habrá ejecutado. Reza su décimo ave maría y recuerda, como dominada por una obsesión, aquella mañana: el frío y los líquidos; el sudor, la sangre y el semen. Nunca supo muy bien cómo pero la iglesia del padre Roberto, que ahora es del padre Juan —el que insiste cada tanto con la mantilla—, recuperó el cáliz asesino. Hoy es un nuevo aniversario y María va a aprovecharlo. Está por dar el primer paso, el primero entre diez, en el mismo lugar desde el que fue disparada hacia un tanático dolor que no muere.

El padre Juan está trabajando en la sacristía y el cáliz —el cáliz que mató a sus padres— reposa sobre el altar. María no detiene su rezo pero avanza con su cuerpo. Llega al altar y toma el cáliz del recuerdo. Entra a la sacristía y, como en un plagio sin escrúpulos, liquida al padre Juan con su peso de oro sagrado pero también blasfemo. Envuelve el cáliz en una bolsa de almacén y la arroja a un tacho grande y municipal de basura. María se persigna y siente odio. Odia a Dios por sobre todas las cosas. Faltan pocos minutos para las once. El primer paso fue dado con éxito.

Sale a la calle. Está un poco aturdida. Camina unas cuerdas y se arrincona en una esquina. Empieza a susurrar: "Dios no es mi pastor, todo me puede pasar". Se acurruca contra la pared y a los pocos segundos ya tiene un mendigo dispuesto a contarle su vida. María lo escucha con paciencia falsa. El mendigo se queja de su vida y le confiesa que desearía morir. Como único consuelo, María —entre harta y apurada— le ofrece su pistola calibre treinta y ocho y lo ayuda a que se pegue un tiro infalible. Le toma la mano izquierda —el linyera le aclaró que era zurdo— y con sus dos manos le pone la pistola a la altura de la boca, apuntando hacia adentro y hacia arriba, hacia su porfiado y triste cerebro. Con la rodilla derecha le pega una patada en el estómago y lo obliga a abrir la boca. Lo mira fijo y le ordena: "Dispare". El linyera ya no se queja más. María siente alivio y supone que el

hombre, cuyos sesos se estrellaron contra una pared que ostentaba un graffiti que decía "Tenemos hambre", también.

Se queda sentada unos minutos y vela el cadáver que nadie percibe. Ya es mediodía y María cree que pudo haber puesto en peligro su plan rígido y de horarios fijos de ese día de reivindicaciones múltiples. Cualquier exceso o demora puede echarlo todo a perder. Lo del linyera osciló entre un exceso y una demora. En su plan figura que a las dos de la tarde debe estar llegando a la zona tumultuosa de los shoppings. Faltan quince minutos para las dos. En el preciso momento en que unas sirenas de patrullas empiezan a zumbarle en los oídos, María se levanta. Camina con marcha rápida hasta llegar a las calles de las jugueterías que hoy están llenas de clientes.

Es Navidad. Todos quieren comprar algo exclusivo y barato para llevarles a sus niños y recordarles el nacimiento de Cristo. María entra en la más grande, la del quinto piso de un shopping cercano a la calle Florida, y husmea por los estantes. Prende un cigarrillo con un zippo negro y robado a un kioskerito distraído. Luego toma un cuaderno de una repisa y le prende fuego con el encendedor negro. Sale. A sus espaldas empieza el incendio. El caos de niños y madres tropezándose para salvarse se suma a la desesperación de los vendedores por preservar sus vidas y a la de los dueños por rescatar la mayor cantidad de juguetes. El incendio no puede ser controlado y mucha gente queda atrapada entre trencitos, muñecas y pañolencis. María reconoce el olor a carne quemada —en los últimos tiempos se hizo una asidua visitante de los crematorios— y se va.

Ya está en otra juguetería donde repite el mismo procedimiento; luego va a otra y a otra y a una más. Y no se acuerda de cuántas van. Pero sabe que son muchas. Eso quería ella, endemoniar las fiestas. Y lo está logrando.

Ahora una patrulla la busca por toda la ciudad. Cada policía lleva un identikit que reproduce su cara de rasgos duros, su melena carré castaña y el lunar que después de aquél día empezó a dibujarse sobre el labio.

Son las dos y media y a pesar del humo y del ajeteo, María no está cansada. Sabe que la policía la busca, pudo verlos mientras regaba las jugueterías, vio cómo pedían sus señas, vio cómo clientes con hijos muertos y gestos desesperados la describían inconfundiblemente. Para alejar el peligro, decide buscar refugio y algo de consuelo en el cementerio donde están enterrados, en tumbas paralelas, cerca del crematorio, su madre y su padre. Compra dos ramos de crisantemos amarillos y entra con su moto. Entremezcla las flores de los ramos y, una vez mezcladas, vuelve a dividir las y las esparce con gracia sobre las tumbas de tierra. Mira primero la foto de su madre, luego la de su padre y descubre una mariposa muerta pegada en la lápida. Inmediatamente llama al cuidador y le recrimina su descuido. María paga el doble que cualquier persona para que las tumbas de sus padres reluzcan como brillantes. El cuidador no sabe qué contestarle porque María tiene razón en cuanto a la suciedad de la lápida. Nada importa, ni siquiera matar si se trata de seguir honrando a los padres y no importó. Usa el filo número tres de su navaja y le abre el cuello al cuidador. No sabe si lo mató pero está segura de que le dejó una herida para el recuerdo. María toma su moto y vuelve a la calle. El cuidador, desangrado, deja de respirar y al mismo tiempo estalla un neumático de la moto de María. El último suspiro del muerto acaba de caer como una maldición sobre la goma. María no tiene paciencia y abandona la moto, la amarra a un poste cercano y es ahí donde presiente por primera vez que la policía está sobre su pista. No piensa detenerse. Tiene muy claro su plan y va a terminarlo.

Para un taxi cerca de Chacarita, probablemente haya sido en la esquina de Dorrego, y le

pide al sudoroso chofer que la lleve de prisa al hotel cinco estrellas de Córdoba y Maipú. En el taxi se peina, se pinta los labios de memoria y se retoca el lunar. Se rocía con perfume porque tiene que parecer limpia. Los porteros de los cinco estrellas están cada vez más exigidos y no dejan pasar indigentes. El aspecto de María es confuso y si esto fuese Londres podría pasar por una chica vanguardista. Pero no es Londres.

Le paga al taxista dejándole una propina generosa y se dirige a los ascensores. Se monta al del medio con un alemán, un francés, una inglesa y un ruso. Saca su navaja y su pistola calibre treinta y ocho y los apunta mientras aprieta el botón del último piso y, bajo esa amenaza y con el ascensor andando, les roba. Se hace de cinco mil dólares en efectivo, cuatro relojes, nueve tarjetas de crédito y tres cadenas de oro. Sin soltar las armas, obliga a los turistas a que se desnuden. Cuando llegan al último piso los obliga a bajarse y regresa, tranquila, al lobby por el mismo ascensor. Los turistas, desnudos, son detenidos por personal de seguridad y se demoran media hora hasta conseguir explicar la causa de su desnudez. Para ese entonces ya son las 7 de la tarde y María está entrando a la casa de Marcela, un travesti que vive en una buhardilla próxima a la Plaza San Martín.

La policía merodea el lugar pero no da ningún paso, están midiendo la peligrosidad de María. María los ve apostados sin sutilezas en las proximidades de la casa y no se inmuta. Marcela no está pero le abre la puerta su nuevo amigo. María se siente tensionada y sucia y le pide al nuevo amigo que le haga unos masajes en los pies y le pregunta si no le incomoda bañarla. El nuevo amigo no se incomoda por nada y, como si lo viniese practicando de toda la vida, desliza sus dedos sobre los pies de María de modo tal que es la primera vez en el día que María siente algo de placer y por poco se olvida del trazado imperturbable de su plan. Pero los viejos olores, los líquidos sagrados de la sangre y las lágrimas de sus padres muertos, su juramento silencioso y el eco sordo de sus imprecaciones al cielo, la sacan del sopor. Le pide al amigo nuevo que la bañe y mientras se desnuda, lo desnuda y, sin preguntarse nada, hacen el amor en la bañera llena de agua con olor a limón.

Sus cuerpos rozan secamente el enlozado de la bañera, donde ambos se deslizan enardecidos y gritando a causa de su sexo belicoso. Durante la agonía de un aullido lacerante, entra Marcela y va directo al baño, atraída por los ruidos.

María no se perturba ni le pide perdón. Siempre deseó los hombres ajenos. Se viste y se acerca a besar a Marcela en la mejilla, pero ésta le quita la cara —en su mirada hay puro resentimiento— y María, tenaz, le jura que volverá. Sale a la calle, ya son más de las siete de la tarde y la plaza San Martín tiene una luz cautivante, sin embargo, como cerrando un círculo íntimamente trazado, escupe al cielo y se queda esperando sentada en el pasto, en la bajada que da a Libertador, frente al Sheraton. Extiende sus manos, entregada, y con furia busca con la mirada a los policías que por fin llegan desde atrás de los autos y de los árboles, como apariciones azules, a esposarla.

María no miente y acepta, inmutable, todos los cargos.

Luego de bajar la cabeza, aceptándolo todo, un dolor en el estómago la sorprende y no puede reprimir un vómito. Su bilis cae sobre el pecho de los policías cercanos y es tanta que llega a extenderse sobre la acera como la particular comprobación de una tarea cumplida. Los policías la miran sin terminar de entender ni su relato despojado ni su alivio y, sobre todo, la esposan con brutalidad, vengando su súbito vómito. Luego, se disponen a sentarla en el patrullero. Es entonces cuando aparece el hombre de la moto, el mismo que fulminó a Sebastián, el bobo, y ahora mata con la ráfaga de una metralla a los oficiales. Esta vez María se monta en el asiento trasero y se *abraz*a, descansada, sobre la espalda añorada del hombre olvidado y perdido. El tiempo no pasó para él. Guarda la misma mirada, el mismo

deseo y el mismo valor que lo motivaron aquella mañana de una Navidad sangrienta. María recuerda y parte con él y esta vez, definitivamente, escapa —lo desangrará en el camino— y esta vez sí, nunca más nadie supo.